

---

Este libro pertenece a:

# Palabra de mujer

---

Crónicas sobre mujeres argentinas



# Palabra de mujer

---

Crónicas sobre mujeres argentinas

---

Coordinación editorial  
Revista Anfibia - Programa Libros y Casas

Edición  
Cristian Alarcón, Martín Ale, Daniela Allerbon, Sonia Budassi, Federico Bianchini,  
Ariadna Castellarnau, Sol García Dinerstein, Tomás Pérez Vizzón

Asistencia editorial  
Débora Ruiz, Florencia Argento y Daniela Valeiro

Corrección  
Gabriela Laster

Diseño de la colección  
Bernardo + Celis / Trineo

Diagramación  
Paula Rodríguez y Javier Bernardo

Foto de tapa  
Eduardo Carrera

Gestión de derechos de autor  
Bárbara Talazac

Palabra de mujer : crónicas sobre mujeres argentinas / Silvina Prieto ... [et al.] ;  
compilado por Daniela Allerbon ; editado por Cristian Alarcón ... [et al.] ;  
editor literario Débora Ruiz ; Florencia Argento ; Daniela Valeiro. - 1a ed  
compendiada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la  
Nación, 2016.  
164 p. ; 20 x 14 cm. - (Libros y casas)

ISBN 978-987-4012-24-1

1. Crónicas. 2. Mujeres. I. Prieto, Silvina II. Allerbon, Daniela , comp. III. Alarcón,  
Cristian, ed. IV. Ruiz, Débora, ed. Lit. V. Argento, Florencia, ed. Lit. VI. Valeiro,  
Daniela , ed. Lit.  
CDD A863

# Programa libros y casas

---

El **Programa Libros y Casas** es una iniciativa del Ministerio de Cultura de la Nación que te acerca esta biblioteca en la que vas a encontrar literatura para grandes y chicos, poesías, libros ilustrados, un manual práctico para usar en tu hogar, uno para que las mujeres puedan conocer y ejercer sus derechos y la Constitución Nacional, entre otros.

La selección de cuentos fue especialmente pensada para que cada integrante de la familia pueda encontrar las historias que más le gusten. Hay cuentos de fútbol, de amor, de terror, de enigma, poemas para grandes y chicos de autores y autoras de diferentes épocas, mitos y leyendas de pueblos originarios, y un ejemplar para que las y los bebés tengan su primer contacto con el libro como objeto.

La lectura nos hace más libres. Nos ayuda a desarrollar el pensamiento propio y crítico y a construir nuestra ciudadanía. Estimula la imaginación, potencia la creatividad, amplía nuestro mundo y hasta nos prepara mejor para usar las nuevas tecnologías. Además, ayuda al desarrollo intelectual porque estimula zonas del cerebro que solo ejercitamos haciendo cosas mucho más complicadas.

Por eso, te invitamos a conocer y transitar estos y otros libros que se pueden compartir, recomendar, pedir prestados o regalar. Que pueden ser tema de conversación con familiares, amigos y vecinos. Que pueden ir con vos y acompañarte donde vayas. Que pueden ser el motivo para que te tomes un momento del día (por más corto que sea) para hacer algo que te guste, te dé placer y te divierta.

# Índice

---

8. **Introducción / Equipo de *Anfibia***
11. **Mis días con Giselle Rímolo en la cárcel / Silvina Prieto**  
*La autora, una mujer de 46 años condenada a cadena perpetua, convivió casi un año con la falsa médica Giselle Rímolo, en el penal de Ezeiza.*
31. **La cruzada de la leche / Margarita García Robayo**  
*En esta crónica, la última ganadora del Premio de Literatura de Casa de las Américas pone en duda aquello de que “amamantar debe ser algo placentero”.*
63. **Condenados. El caso Melina / Gabriela Cabezón Cámara y María Florencia Alcaraz**  
*Una semana después de que encontraran el cuerpo de Melina en una bolsa al borde de un arroyo de agua podrida, solo hay una certeza: la mataron.*
81. **Lucía, la remadora olímpica de las manos imposibles / Gonzalo Figueroa**  
*A los 11 años le salieron las primeras ampollas. Nunca se le fueron. Una deportista argentina, campeona sudamericana seis veces seguidas.*

- 
- 89. El costo de las relaciones domésticas /**  
Santiago Canevaro y Luciana Mantero  
*Lógicas y tensiones de una relación que oscila entre la confianza y el negocio, incluye favores y recomendaciones, pero no deja de lado la distancia de la jerarquía.*
- 111. Sara Rietti: otra ciencia es posible /**  
María Florencia Alcaraz y Diego Sandstede  
*Perfil de una investigadora que piensa la ciencia en función de las necesidades de la sociedad y se define como un animal político.*
- 123. La belleza del cuerpo femenino /**  
María Inés Landa y Enzo Maqueira  
*Las mujeres fisicoculturistas desafían los patrones estéticos impuestos a las mujeres de todas las épocas. ¿Cómo es el cuerpo perfecto?*
- 139. Vengo a hablar de la raza /** Verónica Gago  
*Hija de una feminista intensamente racista, investigadora del feminicidio en Ciudad Juárez, se exilió en Venezuela, vivió en Nicaragua, Brasil, Irlanda del Norte, la Patagonia y Tilcara, donde se enamoró. Todo eso es Rita Segato.*
- 153. Autores**

# Introducción

---

Si hay obstáculos, las mujeres los miden, los bordean, los analizan; juntan fuerzas y audacia hasta superarlos.

Una deportista olímpica entrena hasta que le salen ampollas en las manos. Pero nada la detiene en su pasión por el remo y encara el río como una sirena poderosa.

Una escritora privada de su libertad aprovecha sus días de encierro para asistir a clases de literatura y narra con humor su convivencia con la mediática Giselle Rímolo.

Una científica es amenazada con un revólver en su laboratorio universitario. Si no deja el país, la matarán. No se achica: la primera química nuclear sigue investigando y logra volver a la Argentina con descubrimientos revolucionarios.

Una cordobesa rubia se rebela contra los injustos mandatos que definen un tipo de belleza estándar y trabaja para lograr su propia hermosura.



Una madre primeriza descubre los temores, las exigencias y los dramas que no aparecen en la televisión alrededor de la lactancia materna.

A veces, la balanza se inclina hacia la oscura gravedad de la injusticia. Melina, una chica del conurbano bonaerense, es asesinada. En medio del dolor, los medios culpabilizan a la víctima y prejuizan a los jóvenes.

Mujeres que se dedican al trabajo doméstico se encariñan con sus empleadoras y viceversa. No siempre son correspondidas. Afecto y tensiones laborales dan lugar a vínculos profundos y también, a conflictos.

La intelectual Rita Segato elabora las teorías feministas más potentes a partir de haber sufrido racismo dentro de su propia familia.

Las mujeres de este libro son heroínas, libres o privadas de su libertad, madres, hijas, deportistas, científicas, intelectuales y también, algunas, víctimas de la desigualdad que llega al extremo de la violencia de género y el feminicidio. Publicadas originalmente en *Revista Anfibia*, estas crónicas y perfiles trazan un mapa complejo, libre de estereotipos, de la mujer argentina contemporánea.

**Silvina Prieto convivió casi un año con la falsa médica Giselle Rímolo en el penal de Ezeiza. Despojada de sordidez, con ironía y sin llegar al cinismo, la crónica de Prieto vuelve sobre la cultura tumbera superando los clichés, el lugar común de la compasión progresista y le da a ese mundo de violencias y tragedias cotidianas el aire fresco de una escena en libertad. Certera para los detalles, ágil en los diálogos, filosa en las pinceladas, Prieto, una mujer de 46 años condenada a cadena perpetua, se ha formado en talleres de escritura a los que accedió después de pelear ante los jueces por su derecho a la educación.**

# Mis días con Giselle Rímolo en la cárcel

---

**Silvina Prieto** (cronista)

**E**xpectantes, esperábamos su entrada. En cualquier momento estaría bailando entre nosotras. ¿Traería las mejores joyas? ¿Llegaría con su chofer?

A las 8:30 el ruido ensordecedor de un carro de metal con las ruedas chuecas por tantos años de uso nos avisó que estaba listo el desayuno: un mate cocido color verde sobrenatural. No lo bebería ni el perro más sediento. Así es el despertar, todas las mañanas, de las mujeres que habitan la unidad 31 de la cárcel de Ezeiza. Popularmente se la conoce como “country de Ezeiza” y se la suele catalogar como cárcel modelo.

Se destaca por estar rodeada de hermosos campos verdes, que se ven hasta que la vista se pierde en un horizonte anaranjado. Los grandes ventanales de sus edificaciones dan a la autopista, recorrida por un tráfico interminable, y su fondo limita con un campo donde se cría ganado. Los amaneceres en este lugar no tienen

comparación con los de ninguna parte del mundo. El paisaje es hermoso, pero lo que ocurre dentro del predio es otra historia. En su momento, para entrar a este penal debías ostentar ciertas cualidades, como una muy buena conducta o, simplemente, ser madre. La unidad se dividía en dos sectores: el “a”, que alojaba a estudiantes y trabajadoras, y el “b”, donde estaban madres con sus hijos menores de cuatro años.

Las diferencias podían deberse a distintos motivos, pero el fundamental era la superpoblación de la Unidad 3 (ahora Complejo Penitenciario IV) con más de 800 personas, contra 150 de la 31. La convivencia entre mujeres y sus diferentes condiciones jamás fue fácil. No estaba mal aceptar la imposición de horarios fijos, tareas laborales, estudios, recreación o actos patrios; lo malo era que la mayoría no estaba acostumbrada a una rutina y la vida loca prevalecía.

Las casi 200 mujeres de este verdadero jardín del Edén penitenciario nos habíamos enterado por los programas de chimentos y por los noticieros que una “celebridad” había caído en desgracia. En cualquier momento, iba a hacer su aparición.

Seguíamos con tanta atención la vida de la diva que no nos dimos cuenta de que ya estaba entre nosotras.

La habían traído de incógnito y no la podían alojar en pabellones comunes porque transitaba un postoperatorio de una lipoescultura reciente. Así, vendada e inflamada, no podía mostrarse en público. Por eso, pasó su primera etapa en cautiverio en el centro médico de la unidad.

Una mañana muy temprano, envuelta entre uniformes grises y borceguíes negros, la llevaron hasta el Pabellón 17, el de ingreso. Un galpón con techo de chapa, camas cuchetas empotradas al piso, un corredor entre el espacio de las camas, con mesas y sillas plásticas, que hacía las veces de comedor, un patio pequeño, una cocina y un baño con tres duchas y tres inodoros para 40 personas.

“Imposible vivir en estas condiciones”, habrá pensado la doctorcita. Planeó una estrategia: luego de hacer la fila correspondiente y esperar su turno, desde uno de los teléfonos públicos de los pasillos centrales, llamó a algún programa de televisión y propagó el rumor de que la querían violar.

Lejano de la realidad. La gente que la rodeaba estaba en la misma situación que ella o peor. Las personas que recién ingresan a un penal suelen tener el ánimo por el suelo, la autoestima baja: obligadas a convivir

con 39 mujeres que no conocen, están preocupadas por sus familias. En ese contexto, no quedaba energía como para pensar en una recién llegada a la que solo conocían por los medios.

Pero el chiste le salió bien. Luego de que las noticias y los abogados alertaran a las autoridades, ese mismo día Giselle Rímolo fue conducida al Pabellón 6. Si bien continuaba detenida, las celdas eran individuales, había lavadero, cocina-comedor, patio y baño con dos inodoros y tres duchas para nueve personas.

La calidad de vida había cambiado, pero luego de esa difamación, la vida de la doctorcita no pudo ser la misma. Tanto el pabellón afectado como el resto de la gente empezaron una guerra que duraría hasta que ella se fuera. Nadie hace semejante comentario y se queda a vivir tranquilo en un penal. Pero como las noticias de hoy envuelven los huevos de mañana, el tema se fue olvidando y, con la llegada de nuevas compañeras, casi nadie se acordaba de Giselle.

### **El club de las rubias**

En ese momento vivía en el Pabellón 7 y ya había trazado mi rutina de trabajo y estudio. Trabajaba como fajinera (persona que se encarga de la limpieza) en la

sección Educación y también organizaba la biblioteca. Me anotaba en cuanto curso se dictara (poesía, guitarra, taller literario, programación, inglés). Tenía que ocupar mi tiempo en cosas productivas y dejar de pensar en el tiempo que iba a pasar ahí. Así y todo, no estaba ajena a las noticias y rumores de las compañeras nuevas que iban ingresando. En esa época hubo varias y bastantes famosas: la tía de un gobernador bonaerense dedicado en su juventud al deporte (a la que venía a visitar asiduamente un corredor de turismo carretera), la ex esposa de un afamado empresario del rubro de los electrodomésticos con cadena de negocios en todo el país, una señora mayor cuyo apellido estaba ligado al de una conocida marca de autos italianos, otra señora muy distinguida de la sociedad de una provincia central del país, cuyo apellido estaba ligado al de famoso presidente argentino. La lista podría continuar con otros nombres de mujeres que, por alguna u otra razón, se han salido del camino del bien para transitar el mundo de la adrenalina. Nadie está exento de visitar estos pasillos.

Un mediodía, al volver de mi trabajo para almorzar, me encontré con una recorrida de jefas, incluida la de Seguridad Interna. Esas visitas nunca fueron gratas porque la mayoría de las veces traían alguna noticia

desagradable. Pero esa vez, no. Venía a decirme que varias compañeras que conocí en el momento en el que llegué a la prisión habían pedido por escrito mi traslado al Pabellón 6.

—Señora, tiene cinco minutos para cambiar de alojamiento —me dijo la jefa y, acomodándose los anteojos, que se le resbalaban por la nariz, dio media vuelta y desapareció como había llegado.

Mis actuales compañeras y yo nos quedamos sorprendidas hasta que el grupo reaccionó. Insistentes como pájaros carpintero, mis compañeras no dejaban de reclamar: “Negate al cambio”, “¡Claro, se va con la Rímolo!”, “Sí... ¡allá tiene a sus amigas!”.

Puras demostraciones de celos afectuosos e injustificados. Guardé como pude mis pertenencias (“los monos”), que a esa altura de la condena se resumían en doce bolsas de consorcio. Y entre ropa, zapatos, papeles de la causa y herencias de otras compañeras que se habían ido en libertad, me mudé siguiendo los designios trazados por el sistema.

### **Muñeca para armar**

Mis antiguas compañeras me esperaban hacía semanas: el encuentro fue muy emocionante. Me sorprendió



verlas maquilladas y arregladas como para una fiesta. Siempre me quedé con la duda de si secretamente querían pertenecer al club de las rubias o lo habían hecho para recibirme. Años más tarde, alguien me confió que lo habían hecho por mí.

Como los obreros de las construcciones pasándose baldes de cemento, me ayudaron a entrar las bolsas. Con ayuda y todo, acomodarme en mi nuevo espacio me tomó casi tres horas.

Todavía no la había visto y me moría de curiosidad. En un momento de relax en que las chicas me invitaron a tomar mate (práctica indispensable para el chusmerío), vi a una rubia despampanante salir de la ducha envuelta en un gigantesco toallón blanco con el pelo que aún chorreaba agua. Con una sonrisa tímida, pero con gran dominio de anfitriona, se presentó y me invitó, junto con las demás, a cenar en el comedor.

Giselle Rímolo contaba con un séquito que la seguía a todos lados. Aunque se trataba de amoldarse a la vida tumbera lo mejor posible, nunca pasó desapercibida. Se cuidaba tanto en las comidas como en el más mínimo de los detalles de su imagen. Algunas de las compañeras hacían de estilistas, manicuras,

cosmetólogas o psicólogas. En esta vida todo tiene un precio. Giselle lo pagaba sin chistar.

Cada vez que se duchaba, se generaba una ceremonia. Las estilistas entraban al baño a recuperar el pelo de las extensiones que, con el agua, se iba despegando. Con mucha paciencia lo secaban, peinaban y volvían a unir todo con la pistola de siliconas.

Lamentablemente, las uñas esculpidas no corrieron la misma suerte. Y sin embargo, ella no se resignaba jamás. Debía seguir mostrándose como una estrella: para su familia, su novio y los abogados.

### **El desfile continúa**

Como en las mejores agencias de noticias, en ese ambiente de compañerismo equilibrado nos íbamos enterando cuándo venían a visitarla.

A muchas de las chicas les encantaba admirar, aunque fuera unos instantes, al abogado de Giselle. Un bombonazo. El mismo que, dicen, tiene su oficina como la de *El abogado del Diablo*.

Las primeras veces, Giselle recibió a su novio, a los abogados y a sus familiares en el SUM (Salón de Usos Múltiples), que se usaba como gimnasio.

¡Oh, casualidad! ¡Se podía salir a practicar vóley justo en medio de tan famosa reunión!

La cantidad de veces que la pelota se fue a los pies del abogado era inverosímil. Con cada devolución acompañada de sonrisas se oían los suspiros.

A medida que la causa avanzó, fueron buscando un poco más de calma y privacidad en la sala de abogados del penal, que estaba en un pasillo contiguo al gimnasio. Pero ni siquiera esta maniobra desalentó a las enamoradas para seguir con la tarea de espionaje.

Así también conocimos a Silvio S., todo un caballero que desplegaba buen humor y repartía besos y autógrafos a pedido de las fanáticas. Siempre bien predispuesto y vestido con trajes en tonos claros que destacaban su elegancia. De un día para el otro, no lo vimos más. Estaba preso en Devoto.

### **La mesa está servida**

Por lo general, se dice que en un penal de hombres se ven más visitas que en uno de mujeres. Tal vez la fidelidad femenina se destaca más en estas circunstancias. Es cierto que las oportunidades de trabajo para los masculinos son menores que para las mujeres. Mantenerse

dentro de un penal no es fácil. También convengamos en que las mujeres tenemos más gastos: maquillaje, maquinitas de afeitar, jabón perfumado, ropa, algún perfume permitido, corpiños de encaje para alguna ocasión especial en las visitas íntimas (ya no se usa el término “higiénicas” porque de higiénicas no tienen nada y debería extenderme en una explicación que no viene al caso por ahora). Pero es verdad. Si uno pudiera pararse a observar la entrada en ambos penales a la misma hora, vería la diferencia. Por eso es que cada vez que alguien recibe visita, todo se transforma en una fiesta. Se le da mucha importancia porque es lo que conecta con el afuera, con la familia, con los afectos, las noticias del día, los manjares que no se prueban hace años. Manjares que una minoría disfruta de manera ilegal, pero que con la venia de los penitenciarios se vuelven tan legales como el agua que sale de los grifos.

Pasamos veladas encantadoras, hacinadas en el SUM, con chicos que juegan a la pelota y usan los termos de agua caliente para sus arcos de fútbol, escuchando de fondo la música ensordecedora de los himnos de la cárcel (cumbia villera, cumbia santafesina, salsa de la buena, bachata y algún que otro rock and roll), manos de enamorados que se pierden bajo los manteles que

sospechosamente están más caídos de un lado que del otro. Los baños, tanto para los visitantes como los que usan las internas, rotos desde hace años, dejan una estela de agua que decanta, por el desnivel del piso, hacia el patio con jardín y todo eso. Da la sensación de estar pasando un día genial en un recreo en el Delta del Paraná.

Luego de esas cinco horas de algarabía, nos despedimos con resignación de nuestros familiares o amigos, que con lágrimas en los ojos nos ven desaparecer por un pasillo oscuro para volver a la rutina: “la requisa”, que no es otra cosa que la revisión obligatoria de todas las pertenencias que nos trae nuestra familia y la revisión de nuestros cuerpos desnudos.

Pero como cada regla tiene su excepción (si no, no existirían reglas) y la justicia no es ajena a esto, las visitas de la gente famosa son diferentes: resguardadas de los curiosos y con una cantidad de privilegios que las presas comunes no gozamos. Así, gracias a la corta estancia de Giselle en la cárcel, el “rancho” –grupo reducido de compañeras que se juntan por afinidad y conveniencia– disfrutaba de algunos productos prohibidos, no ilegales. Silvio y el abogado le traían sándwiches de miga triples, tortas rellenas, fiambres de todo tipo y las estrellas: milanesas ya preparadas y listas

para freír. Además de buenos maquillajes de calidad, cigarrillos box y muchos medicamentos que muchas veces salvaron nuestro estómago y que no eran precisamente para adelgazar.

Política común dentro de cada “rancho”: compartir lo que se traía de una visita. La mesa del comedor se llenaba de paquetes para el disfrute de todas. Cabe aclarar que, aunque Giselle era un personaje público y con mucho más poder adquisitivo que el resto, las demás no nos quedábamos atrás en cuanto a volumen de paquetes y que, cuando ella se quedaba sin tarjetas o sin cigarrillos, también nosotras se los brindábamos.

El “rancho” se componía de cinco mujeres: Mónica P., Carla Z., Betiana Z., Silvina P. y Giselle, de entre 25 y 45 años. La mayoría había pasado por la Unidad 3. Veníamos con un bagaje cultural y de vida muy distinto. Así y todo, congeniábamos bastante bien y tratábamos de llevar una convivencia tranquila.

### **Heidi y Manolito**

Como ocurre en todo penal, además de la flora y de la fauna que nos rodeaban, teníamos la posibilidad de disfrutar de unos simpáticos perritos adoptivos a los

que veíamos a través de una ventanita que daba al penal de hombres (la Unidad 19). Giselle los bautizó Heidi y Manolito. En dos platos, les preparaba fiambre y milanesas que los pichichos se encargaban de tragar frenéticamente y les acercaba un tacho con agua. Meses después, leí en alguna revista de chusmerío de la época que Giselle mencionaba a los dos perritos por sus nombres y con mucho cariño.

Luego de su partida, siguieron viniendo a alimentarse hasta que un día un alma caritativa se los llevó a su casa. Supimos que estaban bien cuidados y que esa persona los había vacunado. Que se bañaban periódicamente y que fueron felices. Mientras estuvieron con nosotras, nos encargábamos de llamarlos sacando medio brazo afuera y así podíamos darles un poco de amor intercambiando pulgas, babas y garrapatas.

### **Una visita inesperada**

Luego de varios meses, Giselle leía revistas y miraba hipnotizada la televisión buscando alguna noticia que hablara de ella. Mantenía su imagen a fuerza de prácticas estéticas, charlaba a más no poder de los planes que haría cuando recuperara la libertad, compartía sus vivencias con sus compañeras, se ocupaba de los

perritos, acataba órdenes de las celadoras (guardia cárceles, grises, policías, yuta) y hacía algún que otro curso en la sección Educación.

Una de las tantas noches en que nos reuníamos alrededor de la única tele que tenía el “rancho”, nos acomodamos las cinco, como pudimos, en uno de los dormitorios/celda de nuestra compañera Mónica. Tres encima de la cama, Giselle en una silla en el único rinconcito que quedaba, haciendo una “ele” con la puerta que da al pasillo que conecta los dormitorios, el baño y el lavadero. En un extremo del pasillo, la reja cerrada. En el extremo opuesto, la ventana que daba al campo, también cerrada. Yo, metida con una silla plástica, de esas de jardín, en medio de la puerta de la celda, mitad del cuerpo dentro y el respaldo de la silla, casi en el pasillo. Todas charlábamos a la vez, mirábamos la tele, nos íbamos pasando el mate, Giselle preparaba pan con fiambre.

—Uy, disculpe...

Alguien había posado su mano en mi hombro izquierdo y había pronunciado esas palabras. Cuando me di vuelta para mirar, no había nadie. Giré mi cabeza para el lado derecho y vi cómo una imagen nubosa de color blanco se iba difuminando a medida que se acercaba a la ventana del campo. La miré a Giselle. Estaba pálida.



—¿Vos viste lo mismo que yo? —le pregunté.

—No, no, yo no vi nada.

El pan se le cayó al piso. Las manos le temblaban.

Las demás chicas, concentradas en el programa. Años más tarde, una de las chicas, que todavía seguía detenida, me confirmó que ella también había visto algo, pero que le había dado tanto miedo que respondió lo mismo que las demás.

### **Mar de tiburones**

Por las noches lloraba en silencio, pero las paredes parecían de cartón. No era hermosa, aunque sí interesante. Flaca, rubia, pelo largo, siempre impecable, aunque no se vistiera como en libertad. Su lenguaje coloquial invitaba a la conversación de temas banales y cosas intrascendentes que la sacaban por un rato del mundo tumbero. Siempre supo guardar muy bien en su interior lo más íntimo, lo que la angustiaba, y pocas veces demostró debilidad. Todas pasamos por la misma experiencia. Con esas características, era previsible que el mar de tiburones que la rodeaba estuviera al acecho para sacarle ventaja. Muchas veces insinuó que la tenían amenazada de otros pabellones, que le pedían “cosas” (cigarrillos, tarjetas de teléfono, tintura para el cabello) como pago a cambio de

protección. Allí, uno termina haciendo lo que puede y se defiende con las herramientas que trae del mundo exterior. Por sobre todas las cosas, siempre trató de caerle simpática a todo el mundo. Eso hizo que cada vez que daba algo, lo diera con franqueza y no por miedo.

A pesar de esta circunstancia, algunos días de la semana (cuando le tocaba realizar la limpieza del pasillo central y común a todas las internas), tenía que enfrentarse con algunos peces gordos que la asediaban, tanto para la entrega de alguna tarjeta de teléfono como para recibir piropos y propuestas de los “chongos” (mujeres que gustan de otras mujeres, pero que se visten de varoncito para masculinizarse y adoptan lenguaje y ademanes de hombre). Puedo asegurar que jamás aceptó.

### **La despedida**

Con Giselle, compartimos unos cuantos meses de ese fatídico 2004. Se fue un viernes, envuelta en un tailleur de una reconocida marca de color rosa, que hacía juego con las uñas recién pintadas y el pelo medio ondulado. Nunca pareció una presa común, tampoco lo era, pero se encargó de no sobresalir demasiado. Solemos levantarnos muy temprano. Las primeras mañanas, Giselle peregrinaba a los teléfonos públicos. No paraba

de llamar a su abogado para que la sacara lo más rápido posible. La pasó mal y después se acomodó.

Ese viernes, una la peinó, ella se maquilló, se pintó las uñas de las manos y de los pies. Eligió bien la bijouterie, no muy cargada, apenas unos anillos, aros haciendo juego y una pulsera que a último momento terminó regalando como recuerdo. A cada rato iba al baño: el único lugar donde una puede mirarse en un espejo.

Enfundada ya en sus tacos, se escuchaba el tac tac a cada paso que daba. Parecía nerviosa, confundida y alegre: una maraña de sentimientos encontrados. En los ojos se le veían las ganas de llorar, gritar, putear a alguien, todo comprimido en la garganta. No debía llorar porque se le hubiera corrido el maquillaje. No debía gritar porque iban a pensar que le estábamos haciendo algo. No debía putear, porque lo único que le faltaba en su último día de cárcel era irse con una sanción. Parecía sentirse una diva venida a menos, pero el hecho de ponerse coqueta le levantó el ánimo. Tenía que enfrentarse a la mismísima señora Justicia, al fiscal y a los abogados, a los medios que la estarían asediando, a los familiares, a los pocos amigos que quedan luego de pasar por la prisión y, lo más difícil, a ella misma.

Fue acomodando las pocas pertenencias que se iba a llevar dentro de la cartera. Antes de despedirse, repartió sus bienes materiales entre su “rancho”. Todas por igual sin distinción de jerarquías. Juegos de sábanas sin usar, maquillajes, tintura para el cabello, cigarrillos, tarjetas de teléfono, esmaltes para las uñas, costurero, medicamentos para dolencias mínimas y comestibles de todo tipo que compartimos con las mascotas.

Al mediodía, una celadora le avisó que el carro de traslado la esperaba. Después de tantas vivencias, el cariño aflora. Más allá de las acusaciones, el compañerismo es ciego como la justicia. Por regla general y una cuestión de respeto, entre los presos más viejos existe el código de no preguntar por qué causa entró uno al penal: salvo al juez, a nadie le debe importar. Ya bastante sufrimiento es el que uno padece estando en estas condiciones. Uno y su conciencia. Lo que sí importa es cómo actúa con los que lo rodean.

Entre abrazos, lágrimas, sonrisas expresando toda la fuerza para enfrentar el futuro, empujones de algunas desubicadas, gritos, aplausos y cacerolazos, la vimos irse por esos pasillos interminables y a media luz que a veces conducen hacia la libertad.

Solo la volví a ver en las noticias. Supe que le habían pedido nueve años de prisión y que parte de la causa prescribió. Cuando la vi en la tele se la notaba muy desmejorada. Muchas personas que transitan por estos lugares no vuelven a ser las mismas. Las rejas te consumen el físico y el cerebro. Hay que tener cintura para bancarse tanto tiempo de encierro y salir coherente.

Pasaron unos cuantos años. Los “ranchos” se disolvieron y a medida que se dio el recambio en la población penal, se formaron otros nuevos, con compañeras distintas.

A las de entonces no las volví a ver más. Es una buena señal porque no reincidieron. A otras, con el correr de la tecnología las ubiqué en el ciberespacio. Se dedicaron a formar una familia o a rearmar la que ya tenían. Algunas, con hijos o nietos.

Acá estamos las que seguimos esperando la libertad, con salidas transitorias que nos permiten volver a la sociedad, despacio, pero con paso firme. El paso del tiempo no fue en vano. Afuera hay personas que nos esperan con alegría. Saber eso nos da la fuerza y la dignidad que, de a poco, fuimos perdiendo en la prisión.



Como tanta gente le advirtió que el nacimiento de un hijo coincidía con el ocaso de la lectura, en los últimos meses, la escritora Margarita García Robayo se dedicó a consumir literatura. Ahora piensa que si en vez de eso hubiera leído sobre lactancia, se sentiría menos angustiada. Los manuales recomiendan estar tranquila, cómoda y descansada, pero parece que cuesta. En esta crónica, la última ganadora del Premio de Literatura de Casa de las Américas pone en duda aquello de que “amamantar debe ser algo placentero”.

# La cruzada de la leche

---

**Margarita García Robayo** (cronista)

1.

“¡NO TE DEJES VENCER! ¿no es maravillosa la naturaleza?”

Era la impresión de una nota de Internet, que sobresalía de la libreta de una chica sentada más adelante.

El título era todo lo que podía leerse desde mi asiento: dos frases conectadas caprichosamente por alguien a quien le sobra entusiasmo. O violencia. En general, estoy en contra de los signos de admiración, pero ponerlos en un título es lo mismo que escupirle la cara a alguien. ¿Y la naturaleza? La naturaleza es tan maravillosa como un tornado, una lluvia tóxica, una plaga de gusanos.

—Pero ¿para qué querés secador de pelo?

La chica abrazaba su libreta mientras escuchaba el descargo de una de las profesoras del curso de parto; la que andaba con una teta plástica

colgada del cuello como un crucifijo y un bebé de trapo, porque daba la clase de lactancia. La verdad era que la chica se había desubicado, alzó la mano y preguntó eso: si en la clínica en donde tendría a su bebé, había secador. A veces pasaba –quizá era un asunto hormonal–, se lanzaban preguntas como misiles ciegos y había que cubrirse la cabeza. La otra vez, una había preguntado si cuando se presentaran las contracciones, su novio –cuya profesión no era la obstetricia– podría irle midiendo la dilatación con una regla; de ese modo estarían seguros de cuándo ir al hospital. Por suerte, frente a cada exabrupto, aparecía rápidamente una de las profesoras y volvía a poner todo en su sitio: estantes de conceptos perfectamente ordenados.

—Las visitas son para la criatura —decía. Una luz blanca la alumbraba desde el techo, estaba un poco sudada y la teta en el medio de su pecho le daba un aspecto grotesco, de atracción de circo. El bebé había quedado sobre el escritorio, entre vasos desechables con fonditos de café, un termo para el mate, restos de yerba.

—... a nadie le importa si vos estás fea o gorda o sucia, ¿me entendés?



Como un chorro de agua helada que te ataca en invierno.

—No tenés que competir con tu hijo.

En la cara.

—¿Sabés por qué?

Manejaba el tono de una abuela que te pasa su receta milenaria de galletas.

—Porque perdés.

No competir, ese era uno de los conceptos que rondaban en el curso. Desplazarse, ese era otro. Cuando una tiene un hijo, naturalmente se desplaza para darle lugar a él. Decir naturalmente era aplicarle un efecto paliativo a la frase. No había necesidad, nadie en ese salón tenía problemas con la perspectiva de desplazarse. De hecho, casi todas las chicas manejaban discursos mucho más extremos: hablaban del parto respetado con la misma soltura con la que se acomodaban el flequillo. Los recesos, a falta de facturas, se llenaban con charlas por el estilo: calzas, cochecitos y el parto respetado. Casi todas querían que les respetaran lo mismo: el estar completamente despiertas para experimentar lo que “naturalmente” implica expulsar del cuerpo a un niño, durante las horas que dure, sin anestesia y, de ser posible, en la bañera de su casa. Solo

unas cuantas débiles nos apartábamos en un rincón a googlear en el teléfono: “peridural secuelas parálisis muerte” y así hasta encontrar un sitio que nos recordara que el mundo llevaba más de cien años usando ese tipo de anestesia con resultados exitosos.

Pero el *highlight* de este y otros cursos era la lactancia materna, y en eso no había discusión. Todas queríamos dar la teta con la convicción de quien se juega en ello el título de madre. La receta estaba escrita en la pizarra y era la misma para todas: seis meses de teta exclusiva a libre demanda, y después comida más teta hasta los dos, tres, cuatro años, aunque en realidad no había un límite claro. La confianza en que podríamos hacerlo no tenía fisuras, y cuando se asomaba alguna, se curaba con notas generosas en signos de admiración. Las notas, las puericultoras y las compañeras rezaban el mismo dogma, una y otra vez: todas las mujeres tienen leche, incluso las que no parieron.

## 2.

Hay una chica con el torso desnudo sentada en un sillón que alguna vez fue verde. Una de sus tetas está enchufada a una sopapa eléctrica que la ordeña. De la sopapa

sale una cánula que lleva la leche de la teta a una especie de sachet adherido a la piel entre sus pechos con un trozo de cinta adhesiva. Del sachet sale otra cánula que –también pegada con cinta– recorre la otra teta desde arriba hasta el pezón. El pezón es de goma porque el verdadero es liso como una bola de billar, imposible de succionar. En el pezón de goma están apoyados los labios de un bebé ínfimo. La leche le entra en la boca, de a gotas, y el bebé traga.

Se llama relactación. Se hace para darle al niño la sensación de que está chupando la teta y no un sorbete. La leche del sachet puede ser la de su madre o no; en este caso, lo es, pero el objetivo principal de este sistema es propiciar –aunque trucado– el contacto del bebé y la mamá en el momento de alimentarlo.

Hay otra chica con el torso desnudo, muy flaquita y muy pequeña. Tiene tetas planas, pálidas; pezones enormes, rojos y agrietados. Estos pezones son verdaderos. La chica está vestida con calzas violeta, borcegués y un piercing en la ceja. Sentado sobre su falda, tipo cowboy, mirándola a ella, hay un niño que ya va a la escuela. Lloro. No come hace unas seis horas. Quiere chupar sus pezones heridos, pero a ella la están curando porque sangra.

—¿Y si le das una mamadera? —pregunto.

Ella mira a la puericultora de turno, que la está enjugando con un algodón empapado en su propia leche. La puericultora me mira a mí: tiene unos ojos azules profundísimos que hace un rato me parecían un lago de bondad. Ahora me parecen el lago Ness. Con la criatura en la superficie. Hambrienta.

—Querida —dice—, la mamadera es el enemigo.

Hace una semana nació mi bebé, Vicente, y, como casi todos los bebés, bajó de peso los primeros días. Después no recuperó demasiado y la razón, según la enfermera de la clínica, es que mis pechos están muy hinchados por eso que llaman la bajada de la leche y no le caben en la boca. Un disparate: no hay pecho lo suficientemente grande —ni pequeño— para la boca de un bebé. Un bebé no discrimina tamaños, un bebé instintivamente se prende y chupa —claro que si chupa más aire que leche, seguramente se desmotiva y toma la decisión de no chupar más. Pero para llegar a eso, primero tiene que conseguir prenderse de algo semiblando que pueda maniobrar—. El caso es que, en los últimos días, la leche se me sale sola y Vicente se la pierde. Duerme. Es difícil saber cuándo tiene hambre porque no llora; cuando se despierta, me mira expectante con sus ojos

enormes de color incierto –aceitunas verdes aplastadas, sopa de espárragos, miel de abejas, mate cocido– intentando decirme algo que todavía no entiendo.

—Tiene hambre —me dirá la pediatra—. Vas a tener que sacarte la leche y dársela en mamadera, así estamos seguras de cuánto come. —Y me dará un régimen de ordeño hiper estricto, que cumpliré a rajatabla.

Pero todavía no.

Antes me entero de la guardia de lactancia de Fundalam, una conocida asociación que promueve la lactancia materna hace más de treinta años en la Argentina. Queda cerca de mi casa, me tomo un taxi y voy hasta allá.

—¿Y el bebé? —me pregunta la mujer en recepción.

—No lo traje...

—¡Ja! —Da un golpecito en la mesa con la mano, divertida. Levanta el auricular y me pide el teléfono del papá.

Yo espero en el hall de entrada, frente a la ventana. El día es color mostaza.

Pienso que es la primera vez que estoy sola desde el nacimiento de Vicente. Miro mis brazos flojos, apoyados en las piernas, y el cuerpo entero tomado por una sensación brutal de fragilidad.

Tengo tanto sueño.

Entrado el otoño, los días pasan de ser amarillentos a ser sucios. El efecto sobre las habitaciones es como si la luz que viene de afuera atravesara vidrios llenos de polvo. Los vidrios de este lugar están impecables, también los sillones y el piso y los delantales de las puericultoras, que entran y salen de la habitación donde atienden a las mamás. De todos modos, parece sucio. No solo por la luz sepia de la calle, sino por el olor. Al cabo de unos minutos descubro de dónde viene. Las manos de las puericultoras, enfundadas en guantes de plástico, están constantemente maniobrando tetas de las que brota leche. Debe haber algo en esa combinación –leche + plástico– que genera ese olor. Mi propia leche no huele así. En general, no huele a nada; a veces sí, a leche. Hace unos días le pregunté a tres amigas que también amamantaron: dos de ellas me dijeron que su leche tampoco tenía olor, la tercera me dijo que sí, pero solo cuando se ponía protectores en el corpiño. Ahí está. Ese es el olor: leche abombada, estancada en material sintético.

Afuera, un hombre se despide de una chica y su bebé: lo trae guardado en una bolsa canguro. Ella va a la recepción y dice que es su primera visita, explica su problema.

Esta será la primera vez que escuche la expresión pezón bola de billar y el término relactación. Será la primera vez que vea una pezonera.

—Mi bebé no se prende —dice—, de un pecho me sale poco y del otro nada. —La chica se echa a llorar, abraza la bolsa canguro.

Más tarde, quizá mañana, pensaré que esa frase tendría que estar conectada de otra forma; si así fuera, la sola formulación le ahorraría a la chica una importante cuota de angustia: “Mi bebé no se prende porque de una teta me sale poca leche y de la otra no me sale nada”. Son causa y consecuencia, pero la puericultora jamás lo aceptará. La puericultora le dirá: “Tenés una producción bárbara”. Lo mismo le dirá a la flaquita del piercing.

El único libro de embarazo que leí en mi vida no fue durante el mío. Se llamaba *Nueve lunas* y era bellísimo, y no tenía nada que ver con este momento. Como tanta gente me advirtió que el nacimiento de un hijo coincidía con el ocaso de la lectura, en los meses pasados me dediqué a consumir literatura con voracidad. Ahora pienso que, si en vez de eso hubiera leído sobre lactancia, me sentiría menos perdida.

La lactancia materna, a priori, es un terreno lleno de máximas flojas y fotos edulcoradas que se articulan

con el prejuicio: todo el mundo lo hace, cómo no voy a poder hacerlo yo. Cuesta imaginar que, para aprender a dar la teta, uno necesite juntar bibliografía. Los primeros días después de parir funcionan más o menos del mismo modo; aterrizas, torpe, en un universo que sospechas, pero desconoces, y solo cuando estás ahí, envuelto en una nube espesa de preguntas, empiezas a dudar de tu capacidad para encontrar las respuestas. En estos primeros días, extraño a las profesoras del curso de parto con sus verdades absolutas:

—Todos los bebés son azules —había dicho una, una vez, y automáticamente todas nos miramos la panza evocando la misma imagen: un bebé azul. No es algo que suceda con frecuencia: esa identificación axiomática y colectiva produce el mismo efecto narcótico que las religiones.

Después llega la duda como un puñetazo en la mandíbula.

—Hey. —Tocan en la ventana. Es el papá de Vicente abrazado al huevito que lo contiene. Vinieron rápido. Se abrigaron para atravesar este día frío y amarillento. El papá de Vicente me saluda desde afuera, me alivia tanto que esté acá. Para quebrarme, pienso, basta que sople un viento. Y es lo que ocurre cuando se abre la puerta.



Con el viento entran ellos, empañados por mis lágrimas puerperas, inexplicables. Minutos después, Vicente y yo estamos instalados en la habitación de las ventanas.

—Tenés una producción bárbara —me dice Delfi, la puericultora de las mañanas. Y me presiona los pechos con las manos enguantadas para ablandarlos; luego pone a Vicente para que chupe y luego vuelve a presionar. La leche que sobra la envasa en bolsitas y me indica que, por esta vez, se la puedo dar en casa con un gotero.

### 3.

Una guardia de lactancia es un lugar al que acuden las madres con intención de amamantar para ser guiadas. Entre las razones más comunes por las que se visita una guardia de lactancia están las mencionadas: el bebé no se prende, no me sale suficiente leche, tengo los pezones en carne viva porque el nene me mordió y, por lo tanto, cuando succiona —o intenta hacerlo—, veo al diablo.

En todo el mundo existen organizaciones dedicadas a promover la lactancia materna. La más extendida debe ser la Liga de la Leche, fundada en 1956 por siete madres católicas de Illinois —la Liga de la

Leche, en inglés, se llama La Leche League porque la palabra *breast* (de *breastfeeding*) se consideraba inapropiada en el entorno de las siete fundadoras. La organización se extendió rápidamente y en 1964 se convirtió en La Leche League International, con grupos en varios países. Hoy está claro que la lactancia materna es un asunto prioritario en la agenda de salud de la mayoría de los países del mundo. Dar la teta se ha convertido en una enorme cruzada progresista, una militancia, un dogma religioso: todo junto. Hace 22 años que existe la Semana Mundial de la Lactancia Materna, creada por la OMS y UNICEF. Se hace del 1 al 7 de agosto, cuando se cumple el aniversario de la Declaración de Innocenti, un documento que contiene una serie de postulados que buscan fomentar la lactancia materna. La organización encargada de esta semana se llama WABA (World Alliance for Breastfeeding Action) y cada año elige un lema y escribe un manifiesto que se lee públicamente. En Buenos Aires se organizó una movida en Plaza Italia. Hubo carpas, actividades al aire libre, charlas abiertas, yoga, canciones a capella y topless.

El lema del 2014 fue: “¡Un triunfo para toda la vida!”. Así, con admiraciones.

—¿Sabés qué pasa? Que todas estas chicas son hijas de mujeres que quisieron salir a trabajar en vez de quedarse en la casa criando a los hijos. Entonces, están resentidas, quieren demostrarles a sus madres que lo hicieron todo mal.

Mi suegra pertenece a la generación de madres que describe y está preocupada. Le parece que yo puedo ser una de esas hijas resentidas. Empecé a ordeñarme cada hora —una teta por vez—, pero no me sale la cantidad de leche que la pediatra me indicó. Ahora me ordeño cada cuarenta minutos —de ambas— y tampoco. Además, esta semana estuve todos los días en la guardia de lactancia de Fundalam, donde me retaron por darle al bebé mi leche envasada en una mamadera. Todavía es mi leche, pero el envase nos perjudica. En Fundalam me dicen que debo “ofrecerle el pecho a demanda”, que él tomará lo que salga y que eso será suficiente. Pero no será suficiente, les digo, y explico lo del peso, la pediatra fue clara: para engordar tiene que tomar 80 mililitros cada vez, a mí me salen 60, con suerte. Si no toma lo que tiene que tomar, no engorda lo que tiene que engordar. Un niño subalimentado es un niño desnutrido. Un niño desnutrido es un niño enfermo.

—Nada que ver —Delfi, de ademanes delicados, pero firmes, me recuerda a mis profesoras del colegio—, vos ponelo en la teta todo el día, a toda hora —fui a un colegio del Opus Dei—, que él va a estar bien.

Todo el día a toda hora es una tarea imposible, pero una frase literal. Yo le hago caso, y también a la pediastra. Mientras hablo con Delfi, tengo a Vicente pegado en la teta: él succiona y para, succiona y vuelve parar. Me parece que se cansa. Cada vez que lo hace, trato de calcular cuánto tomó, y me vuelve loca no saberlo.

—La teta tendría que ser transparente —le digo a Delfi, que se ríe. Luego agarra la cabecita de mi bebé como si fuera un muñeco y lo presiona contra mi pecho. Él se aparta y la mira fijo. Tiene ojos de manga japonés.

—Vamos, Vicente —le dice Delfi—, ¡a trabajar!

Pobre. No tiene un mes. No quiero que trabaje.

Si no fuera ya muy tarde en mi vida, querría construir una fortuna para que viviera de rentas.

Conozco a una chica que tuvo a su bebé seis días después que yo. Es amiga de mi novio y vivimos un embarazo en paralelo. Ella y su novio tienen posiciones tomadas sobre muchas cosas. La alimentación, por ejemplo. Forman parte de ese grupo de personas, cada

vez más numeroso, que considera a la vaca un reservorio de veneno. Hace muchos años que toman leche de almendras cada mañana. Cuando el bebé pida Nesquik, ya lo tienen pensado, lo reemplazarán con cacao orgánico. Buscaron a un pediatra homeópata porque pensaban incorporar al nene a su sistema de alimentación que es, de muchas maneras, su sistema de vida. Esta chica, por supuesto, quería darle la teta al nene hasta que él supiera decir: “Basta, por favor”. Hace unos días me enteré de que su bebé estaba muy flaquito porque ella no estaba produciendo leche. Contrató a una puericultora que va a su casa. Se ordeñó cada hora, cada cuarenta minutos, cada cinco. Nada. Ayer le mandó a mi novio una foto con un paquete de Nutrilón, la fórmula más famosa en la Argentina. Está viviendo un duelo.

La verdad, me dio pena y me dio envidia. Si no te sale nada, recurre a la fórmula porque no tienes opción, ¿quién puede culparte? Si tu problema es que no te sale suficiente, insistes hasta que lo sea. Yo estoy todo el tiempo en función de producir leche, lo que, paradójicamente, hace que produzca menos porque casi no duermo. Todos los manuales recomiendan estar tranquila, cómoda y descansada en el momento de

amamantar; algunos recomiendan instalarse un rato antes bajo la ducha caliente, tomar té de hinojo, comer almendras, avellanas, hacer yoga, darse masajes. Nadie explica cuándo. Si resultas no ser una gran productora de leche y decides trabajar eficientemente para revertirlo, ese será el único trabajo que podrás hacer. ¿Y quién puede permitirse eso? Muy pocas mujeres. Además –contando con que tus niveles hormonales estén bien y la extracción de la leche sea la adecuada–, estarás obligada a sentirte feliz y complacida, porque el ánimo también influye en la producción. Eso me explica Delfi ahora:

–Mirá esa chica, ¿vos la ves angustiada, preocupada, triste? –Me muestra el cuadro de una mujer que amamanta que cuelga de la pared de la habitación.

–Es un dibujo –le digo.

–Amamantar debe ser algo placentero.

–Quizá no es lo mismo para todas las mujeres.

Mujeres. Todos estos días, además de ordeñarme, he estado pensando en mujeres. Mujeres a las que les brotan cataratas de leche por los pechos y mujeres a las que no. Pienso que si en ese inmenso conjunto se diera la intersección probable de no tener suficiente leche ni suficiente tiempo ni suficiente plata, esa

mujer estaría frente a una circunstancia trágica. Desde un lugar alterado, pero cierto, empiezo a ver algunas deficiencias estructurales del sistema. Durante los tres primeros años de vida se desarrolla el 80% del cerebro; para que el cerebro de un niño se desarrolle bien, es esencial que ese niño esté físicamente sano, o sea, bien alimentado. O sea que a un niño que no toma suficiente leche en sus primeros meses de nacido, el cerebro no se le desarrollará bien. O sea que un adulto con deficiencias, en algunos casos, podría haberse evitado dándole unas cuantas mamaderas a tiempo.

Sigamos con la hipótesis: no tienes suficiente leche y además eres pobre, pero trabajas para paliar un poco esa condición, por lo tanto, tampoco tienes el tiempo que se requiere para practicar el dispendioso proceso de relactación. Entonces, ¿qué toma tu bebé?

El Plan Médico Obligatorio (PMO) que define el Estado argentino con relación al recién nacido dice que “a fin de estimular la lactancia materna no se cubrirán las leches maternizadas o de otro tipo, salvo expresa indicación médica, con evaluación de la auditoría médica”.

En serio, ¿qué toma?

Una amiga que no pudo amamantar por un problema hormonal que se venía tratando hacía mucho me cuenta que la auditoría médica llegó cuando la nena había cumplido el año. Si mi amiga no hubiera tenido dinero para comprarle leche suplementaria, es probable que el desarrollo cerebral de su hija se hubiese visto comprometido. A ella nunca le reembolsaron el dinero que gastó en alimentarla, pero tampoco insistió. “¿Por qué?”, le pregunto, y me contesta algo que a esta altura ya debería tener claro: “¿En qué tiempo?”.

A veces, la diferencia entre un bebé subalimentado y un bebé sano es el sueldo de sus padres. La economía, como siempre, divide las aguas. Pero otras veces, esa diferencia está dada por la ideología; me aterra hasta qué punto algunas puericultoras –y los organismos que las agrupan, las políticas que las respaldan– empujan a las madres a tensar el límite.

Ayer Delfi me habló del caso de una mujer que adoptó a un niño y pudo amamantarlo. Esa historia la oí mil veces porque recorrió el mundo: la mujer se llama África, pero vive en Europa, y durante cinco meses se sometió a un riguroso proceso de inducción –ordenarse hasta que salga– asesorada por especialistas.



—Confía en tu cuerpo — me dice Delfi.

—¿Qué significa eso? —Necesito que elabore, agoté mi capacidad para descifrar slogans.

—Eso mismo — me dice.

Vicente se cansa de chupar y cierra los ojos.

Miro el saloncito otoñal en el que las voluntarias de Fundalam me recibieron esta semana. Descubrí que cerca del mediodía no viene nadie. Entonces pensé que era una ventaja, pero ahora me gustaría ver alguna teta amiga conectada al sacaleche, escuchar otra historia de pezones mordidos. Delfi va a buscar bolsitas para que me lleve a casa —bolsitas de plástico—. Su delantal tiene volantes que saltan cuando camina. Me deprimó, como si hubiese estado horas mirando marionetas. Me digo que seguramente algunos cambios sociales habrán sido posibles desde posturas fundamentalistas, pero no consigo recordar ninguno. Es la falta de sueño: liquida neuronas.

—La naturaleza es sabia —dice Delfi, que regresa con mis bolsitas y un gotero, a su pesar.

Meto a Vicente en el huevito, me levanto.

—La naturaleza mata gente. —Doy las gracias y me despido.

## 4.

Mi novio alza a Vicente y lo zarandea mientras sue-  
na una canción. Siempre es distinta, la elige en su-  
puesta complicidad con él: hoy Vicente quiere rock  
inglés de los noventa. Ok. Hoy Vicente quiere pop  
basura. Así. La lúdica es su parte del trabajo: lo hace  
entre teta y teta, o mientras yo me ordeño, o miro  
los foros virtuales de lactancia, o escucho los conse-  
jos de Tere.

Tere es un nuevo personaje. Es la puericultora de  
una amiga y quiso venir a echarme una mano -una  
mano con sus justos honorarios-. Ya no voy a Funda-  
lam. Tere es más joven que Delfi y menos estricta. Me  
cae bien, salvo por la frecuencia entusiasta que mane-  
ja. Si me saco 40 mililitros aplaude, si me saco 60 pega  
un salto; con 80 se desmaya de emoción. Le digo que  
no hace falta que me felicite cada vez que hago los de-  
beres. No me entiende. Su tono entusiasta es el mismo  
de las notas que descubro en Internet, de los foros y  
hasta de los folletos informativos. Me pregunto cuándo  
fue que las admiraciones pasaron a ser signos tan ba-  
ratos. En realidad creo que son perversos, son la hos-  
tilidad solapada.

Lo de los foros no tiene techo: galpones de sabiduría desaliñada.

Una mujer pide consejos para que le salga más leche, dice que ha tenido que recurrir a la fórmula, pero que no querría dejar de amamantar. Podría ser yo. O mi amiga Malena. O Carolina, o María Eva. Pero es una que firma: “Angustiada”. Las respuestas la “animan” a abandonar la fórmula inmediatamente. A ser valiente y no benevolente. A demostrarle a su bebé que lo quiere de verdad. A tomar mucho líquido. A ignorar a todo aquel que le diga que su leche no alcanza o que no es buena. A fortalecer el vínculo, en vez de debilitarlo. A buscar un grupo de apoyo de la Liga de la Leche en su ciudad. A que si se quiere, se puede. El cuerpo es noble y perdona –dispara una que firma “15 meses de lactancia natural”– ¡No te dejes vencer!

Una tarde estoy hablando con mi madre por teléfono, vino para el parto, pero ya se volvió a Colombia. No tiene muchas opiniones sobre todo esto, calculo que le parece natural que insista y me esfuerce. Es lo que hacen las madres. Es lo que ella piensa que yo pienso que hacen las madres, supongo. ¿Qué piensa ella? No pregunto. Ella, en cambio, me pregunta quién es Tere,

qué es lo que hace exactamente. Le explico y, de paso, me lo vuelvo a explicar a mí misma:

—Es alguien capacitado para acompañar a la mamá y al bebé desde el embarazo, el parto y los primeros años de crianza...

Pienso: una combinación entre enfermera, asistente terapéutica y madre sustituta. De pronto, la perspectiva de verme acompañada por Tere durante años —o meses, o días— me aterra.

—Así era antes.

—¿Antes de qué?

—En el tiempo de las abuelas. Antes las mujeres nunca estaban solas con sus bebés, tenían más ayuda.

Ahí está. De eso se trata casi todo últimamente. Desde la lactancia materna hasta la nueva fantasía gay de casarse de blanco, adoptar críos y mascotas, y formar familia en el suburbio, pareciera que las nuevas generaciones buscan furiosamente matar a sus padres, sus batallas y conquistas, para volver a parecerse a sus abuelos.

—Mi madre siempre quiso estudiar, independizarse, pero no se estilaba en su época. —Mi suegra me mira a mí, pero le habla a Tere—. Había que quedarse en la casa con los hijos. Entonces cuando yo tuve a los

míos, ella fue la primera que me dijo: andá a trabajar, no te quedes en la casa, yo te cuido a los pibes.

Mi suegra es abogada, trabajó toda su vida y, como tantas otras madres de su generación, les dio a sus hijos leche de fórmula.

—La teta no alcanzaba. Yo llegaba a la noche de la oficina y los bañaba. —Como tantas otras madres de su generación, contrató niñeras—. Después les daba una mamadera con Nestum, bien cargadita, y dormían hasta el día siguiente.

Tere frunce la cara, como si acabaran de tirarle ácido. Se cruza de brazos y mira el aire, concentrada. A la espera de moscas. Evaluando qué decir.

Según la OMS, a lo largo del siglo xx se realiza “el mayor experimento a gran escala en una especie animal”: a los humanos se les cambia su forma de alimentación inicial y los niños pasan a ser alimentados con leche modificada de una especie distinta.

La vaca: nuestro gran enemigo.

Un día le pregunto a la pediatra por qué tanto prurito con la leche de fórmula y me dice que ningún prurito: el 90% de los chicos de la Argentina la toma. El problema, dice después, es que las vacas argentinas tienen hormonas. ¿Y qué vacas no tienen? Alza los

hombros: que las de Holanda, quizá. Y que a lo mejor se pueda encargar leche de Holanda. O que quizá se consiga en Uruguay. O, si algún amigo viaja... Pero que después, cuando el nene coma, vamos a tener el mismo problema con el queso, ni hablar del pollo. Y —ya no por las hormonas, sino por otro tipo de venenos— con el trigo y la soja y las verduras y, en general, todo lo que salga de la tierra.

—Dormían de pesadez, no de sueño —dice Tere, por fin, mirándome.

Soy una suerte de canal por el que transita su conversación. Un desvío silencioso y complaciente.

—Pero dormían —contesta mi suegra.

A partir de los ochenta empezaron a tener más visibilidad las campañas y políticas a favor de la lactancia materna en vista de que cada vez más mujeres elegían no hacerlo. Ahora, como los cigarrillos, los envases de leche de fórmula deben tener una leyenda universal, en mayúscula y negrita:

“AVISO IMPORTANTE: LA LECHE MATERNA ES EL MEJOR ALIMENTO PARA EL LACTANTE”.

—¿A qué costo? —insiste Tere—. Esas leches les destruyen la pancita.

—Todos los niños las toman.

—Y así les va.

—A mí no me salieron tan mal.

Hoy Vicente tiene: a) un mes de nacido; b) un abrigo nuevo con orejas de oso.

Hoy Tere está nerviosa porque en un rato me voy a la pediatra y no quiere que perdamos.

—¿Perdamos qué? —después de pasearme por los foros de Internet, tiendo a impacientarme con facilidad. Tere culpa a las hormonas. Las mías.

Estamos en el comedor tomando té de hinojo. Al fondo, en el living, están Vicente, su papá y un disco de Miranda!

—¿A qué hora es el turno? —pregunta Tere, pero no le contesto. Me pierdo en el baile, extraño y feliz, de los chicos. Vicente hace sonidos que podrían ser risas. O gorgojos de un pajarito. Tengo la sensación de que me estoy quedando fuera de algo. Algo que me importa más que amamantar y que parece tanto más divertido.

—Tranquila —Tere toca mi mano—, vamos ganando.

La balanza del consultorio dice que Vicente subió lo estricto. En realidad, le faltaron un par de gramos para lo estricto. La pediatra me mira y meneaa la cabeza, no del todo conforme:

—Ok —le digo—, vamos con la fórmula.

—Ok.

Esa tarde, Tere me llama cuatro veces al celular. A la quinta le contestó.

—¿Yyy? —chilla. Su garganta es un coro de señoritas excitadas.

—Ganamos —miento.

—¡Bien!

## 5.

Desde que arrancó todo esto, mi novio me dice: tomá nota.

A él también lo abrumba la mirada reprobatoria de quienes preguntan por la alimentación de Vicente y se decepcionan por mi respuesta. Secretarías de médicos que hablan de sus nietos, lechoncitos mamonos; madres que esperan en consultorios y ya leyeron todas las revistas; la señora del almacén, que no tuvo hijos; las chicas de pilates, que no piensan tener; mi amiga Bárbara, que tiene tres, con problemas de obesidad; el gay de la peluquería, entre otros.

Hubo un momento en el que, claramente, el asunto nos había tomado. Aparecía de maneras insólitas. Una



noche íbamos en el auto de vuelta a casa, Vicente y yo atrás. Transitábamos por una calle caliente de la noche porteña. Mi novio frenó en una esquina para dejar pasar a una señorita que, segundos después, metió la cabeza por su ventanilla y le susurró al oído, con una voz intensamente masculina:

—Leche.

Y él: tomá nota.

Nadie podría decir que está bien no darle teta a un bebé o que darle teta exclusivamente durante seis meses sea un error. Está médicamente comprobado que la leche materna es el mejor alimento para un niño y que quienes puedan hacerlo deberían. Pero desconocer que no todas las mujeres pueden es profundizar la exclusión en un terreno en el que no tendría que haber ninguna. Conozco al menos diez casos recientes y cercanos de mujeres que no pudieron darles teta exclusiva a sus bebés o que no pudieron darles una gota. Cuando la excepción a la regla es tan amplia, hay algo que está mal con esa regla.

—¡Qué pena! —me dicen. Y miran al bebé con ánimo redentor.

Cuando mi novio me decía tomá nota, es un temón, yo pensaba que era un temón solo para nosotros, los

dolientes, y que todos los que estaban por fuera lo verían como una banalidad. Sigo pensando lo mismo. Es por eso que estas notas van dedicadas.

Emulando a Virginie Despentes en su *Teoría King Kong* –“escribo desde la fealdad y para las feas, las viejas, las camioneras, las frías, las mal folladas...”–, yo escribo desde el puerperio y para las puérperas; las primerizas; las que dudan por default; las que se creen débiles, las que lo son; las que quisieron, pero no alcanzó; las de la pregunta constante ¿por qué nadie me dijo?; las que insisten en “el bien” pese a sus contradicciones y culpas; las que piensan demasiado; las que de madres se ablandaron; las que de madres se obstinaron; las que ya eran obstinadas y blandas de antes; las que odian los foros virtuales y no pueden dejar de mirarlos.

Para todas ellas van mis notas. Y para el tipo que tienen al lado.

Es de noche. Vicente ya se bañó, se puso el pijama, tomó su dosis personal de leche materna y, además, su última mamadera. Después lloró un poco, pero lo calmé con el chupete. Es raro, a veces, cuando termina de comer llora. Pienso que quiere más, pero ya tomó suficiente, se lo ve lleno. Los bebés no tienen gula, suele

decirme la pediatra. ¿Entonces? Su secretaria, que escucha las conversaciones, me dijo:

—Ese niño tiene hambre vieja.

Me pregunto si el hambre tiene memoria. O edad.

Ahora no llora, pero tampoco duerme. Mira largamente las lámparas de casa, que son unos artefactos plateados, semigalácticos, y me parece que le activan un chip que lo desvela. Ya intenté todo, hasta el soporífero Baby Mozart, y no se duerme. Cuando pasa eso, la única solución es dar una vuelta en el auto, así que eso hacemos. Nos encaminamos hacia la costanera. En la calle se ve poca gente y muchas luces. No hace frío, aunque ya casi es invierno.

Mi novio bosteza. Yo también. El sueño, cómo cuesta.

Alguna vez leí que uno de los trances más traumáticos por los que atraviesa el ser humano es el paso de la vigilia al sueño. Es por eso que, en la infancia, ese momento está lleno de rituales. Canciones, cuentos, ambientes a media luz, la voz de la mamá y el papá. El paso de un estado al otro no es inmediato, toma un tiempo, es como si cayéramos lentamente en otra dimensión –pienso en lo acertada de la expresión en inglés: *fall asleep*–; y para que esa caída sea lo menos

brusca posible, especialistas del sueño recomiendan aferrarse a los llamados “objetos de transición”.

Vicente me mira. Tiene ojos enormes, ya lo dije. Cuando los fija en mi cara parece un pequeño experto en kinésica. Meto la cabeza en el huevito:

—¿Me quieres?

La pediatra me dijo que no me preocupara, que el vínculo entre madre e hijo no está determinado por la teta. Ya sé, le dije, obvio. Pero no es cierto. No sé nada. También me dijo que lo poco que le doy de leche materna le sirve porque le paso defensas.

Ese día me acordé de un verso de una canción olvidada. No sé de quién es, no sé cómo suena; igual, suelo repetírselo a Vicente cuando está por dormirse.

—¿Se durmió? —pregunta mi novio, sus ojos agotados en el espejo retrovisor.

—Ya casi.

Cuando llegamos al río, a Vicente se le empiezan a cerrar los ojos, pero no cede. Me agarra el pulgar y lo aprieta.

Me vuelvo a acercar al huevito:

—¿Sabes quién soy? —le digo—. Tu objeto de transición.

Y después el verso: “Lo poco que tengo es tuyo, vida  
mía / y si tuviera mucho, también te lo daría”.

Y otra vez, hasta que se duerme.

—Tomá nota —me decías.

Acá están.



Una semana después de que encontraran el cuerpo de Melina en una bolsa al borde de un arroyo de agua podrida, solo hay una certeza: la mataron. Detrás de las hipótesis de la Justicia, de los testimonios contradictorios de testigos y acusados, se teje un entramado de personajes y lugares; boliches caros, plazas bucólicas y altares umbanda por donde circulan, al unísono, sospechosos, amigos y familiares de la víctima.

# Condenados.

## El caso Melina

---

**Gabriela Cabezón Cámara** (escritora)

**María Florencia Alcaraz** (periodista)

I.

La avenida San Martín es el escenario largo de un barroco desangelado: se le superponen los colores, las letras, los neones, las ofertas de la más diversa índole y la gente que va y viene apurada, todo apretado en el abigarramiento pobre que caracteriza a las avenidas principales del conurbano. Concentran el mercado en sus veredas y dejan que el aire, los árboles y las casas bajas con jardines se estiren morosamente en el resto de las calles del barrio.

En Caseros es así y así fue el lunes 29 y el martes 30 de septiembre, aunque en una esquina tiembla un amontonamiento extraordinario, una tensión de trincheras. De un lado de la calle Fischetti, los móviles de televisión con sus satélites, las cámaras apuntan como artillería, los fotógrafos, los periodistas. Del

otro, en la puerta de la funeraria Metetieri y Cia., un cordón de pibas y pibas le gritaban a toda la prensa: “¡Respeto, respeto!”.

Tienen menos de 18, son unos treinta. Ropa grande y gorritas con viseras para atrás ellos, ropa ajustada y pelos largos ellas, algunos piercings, algunos pelos decolorados y tirando al naranja, como si fueran parte de una internacional rapera, de un movimiento global y reivindicativo de la cultura de los jóvenes que pertenecen a las clases sociales menos favorecidas de las grandes urbes. Son los ex compañeros de colegio de Melina Romero y lloran un drama en el que casi todos los involucrados son muy jóvenes y casi ninguno estudia.

Victoria tiene dos años menos que Melina. Como ella, es tarjetera del boliche Soul Train, en San Martín. Siguió la noticia de la desaparición de su amiga por los medios. Estaba internada porque el mes anterior un grupo de pibas le había dado una paliza en Caseros. Hasta hace pocos días tuvo que usar un cuello ortopédico. El lunes le dijo a su mamá que quería ir al velorio de Melina. Se quedó hasta la inhumación.

—Cuando supe que desapareció me deprimí mucho. Era una chica como yo. Quise apoyar a la familia.



Es muy fuerte su dolor —dice Victoria después del entierro. Es una de las pocas que quieren hablar con la prensa. No conoce al resto de los pibes que están ahí, pero no está sola: su mamá la acompañó.

Los pibes saben que las imágenes de sus caras no pueden ser publicadas y lo dicen, están enojados y lo dicen: “Les pedimos que en este momento, aunque sea, tengan el respeto por nosotros que no tuvieron con Melina”, exige una de las chicas. Y no están de ánimo para explicaciones ni para matices, no es momento para analizar las distintas coberturas ni las contradicciones de cada una en particular. Tampoco para recordar que una parte de la prensa tuvo, sí, un trato deleznable con la víctima, pero que, sin esa presión, la de las cámaras, la de las preguntas de los periodistas, es probable que se hubiera avanzado aún menos en la causa por el homicidio de Melina Romero.

“Justicia, no venganza propia”, repiten una y otra vez los padres de Melina: Rubén Romero y Ana María Martínez. Después de reconocerla en la morgue judicial de Lomas de Zamora, la muerte se volvió impronunciable para ellos.

—La nena tiene que pasar por otro trámite ahora —dice Rubén antes de la autopsia.

El padre de Melina habla de los detenidos como “basuras”. Y describe Facebook y las redes sociales con el mismo adjetivo.

## II.

El punto quieto alrededor del que gravita todo –como si las cámaras, los pibes, la familia, los abrazos, las lágrimas, los abogados, la causa, la jueza, los fiscales y las flores fueran lunas alrededor de una caja de madera– en la esquina de Fischetti y San Martín y un poco más tarde en el cementerio de Pablo Podestá, donde unas cien personas marcharon cabizbajas como si fueran una definición de la tristeza, es el féretro cerrado en el que yace el cuerpo de 17 años de Melina.

Que los cuerpos hablan, dice la gente de la Justicia. Algunos más rápido y otros más despacio, aclaran. El de Melina es de los que tardan: por su avanzado grado de descomposición, la autopsia, que se realizó el sábado 27 de septiembre, no pudo determinar la causa de la muerte, aunque presenta un gran traumatismo de cráneo, ni si fue o no abusada. Un mes falta para que las pericias den resultados concluyentes. Y más de un mes

–fue el 24 de agosto– pasó desde que Melina desapareció. La encontraron la semana pasada, el martes, dos cartoneras, en una de las zonas más pobres del país: los basurales de José León Suárez. No la hallaron los miembros de las fuerzas de seguridad que la buscaban exhaustivamente. O eso decían.

### III.

El cuerpo, dentro de unas bolsas de basura, vestía apenas remera y zapatillas. Lo encontraron a la vera de un arroyo afluente del río Reconquista, cerca del lugar donde en 1956 los militares fusilaron a militantes peronistas, esa historia que contó Rodolfo Walsh en *Operación Masacre*. A poca distancia de donde encontraron el cadáver de Ángeles Rawson el año pasado. Cerca también de donde, un día de marzo de 2004, Diego Duarte, un chico de 15 años, desapareció aplastado por un alud de basura. Y a metros de otro crimen: que cientos o miles de personas vivan en condiciones de precariedad extrema alrededor de montañas de basura y de cursos de agua tan contaminados que parecen aceite descartado en Chernóbil. Todo al borde el

Camino del Buen Ayre, la frontera entre la ciudad, que acaba como un amasijo de cemento y desperdicios, y el campo. O algo así: la superficie verde del club, del Ceamse y de la cárcel Unidad 46 de José León Suárez. El aire cortado por el vuelo de algún que otro chimango. Y el olor de la basura.

—No está contaminado. Está recontracontaminado: por acá evacúan los conductos del Ceamse. Si vos tirás un cuerpo en cualquier otro río, ponele que tarda una semana en pudrirse. Acá se pudre en tres horas —dice el abogado de uno los detenidos, que conoce la zona.

#### IV.

Estas son las certezas: esta última semana, el entierro, el velatorio, el hallazgo del cuerpo. Hace un mes, la noche en el boliche Chankanab de San Martín, el beso con un chico en la puerta, la caminata a la parada del colectivo. Esto es lo que aparece en los videos de distintas cámaras de seguridad. A partir de ahí, tres testimonios. Una vecina del boliche que dice haber visto un auto oscuro desde el que unos chicos invitaban a Melina a subir con ellos. El boliche es uno de tantos:

luces azules, barras, un vip que balconea a la pista de cemento, unos sillones blancos en un rincón un poco más elevado, un escalón apenas recubierto, el piso de esa clase de baldosas de goma que suelen verse en algunas oficinas. En la entrada, una oferta para el vip: por 250 pesos, los concurrentes pueden subir munidos de un “Alvear”, se refieren al champagne, más dos latas de Speed.

## V.

Melina era tarjetera de otro boliche llamado Soul Train. Repartía las invitaciones en la plaza Martín Coronado, junto a otros chicos que hacían lo mismo para otros boliches en ese espacio muy verde y bien ubicado: a la vera de la estación de tren, junto a las paradas de los colectivos. Ahí se juntan los pibes y las pibas de la zona. Y después se van a bailar a San Martín.

No es especialmente cerca, pero así se dividen los rubros en Tres de Febrero, el partido del noroeste del conurbano. En Ciudad Jardín, el barrio de Melina, hay pubs y restaurantes, no boliches. Lleva el nombre bien puesto el barrio: es una irrupción de verde, como si a

alguien se le hubiera ocurrido trasladar la Zona Norte de Villa Gesell al medio del conurbano. Es un lugar apacible y lleno de árboles y de flores. En otro contexto, la casa de Melina no llamaría la atención. Acá sí: es la más pobre en varias cuadras. En estos días se distingue también por tener cámaras apuntándole y las persianas bajas. Adentro se resguardan la mamá, Ana María, que tiene 49 años, diabetes, un problema en una pierna y, desde hace dos años, una pensión por discapacidad; los dos hermanos, mellizos de 14, y el padre, Rubén, que fue policía de la bonaerense y que, dice, se jubiló por problemas de salud. Cuando Melina desapareció, hacía once meses que Rubén estaba distanciado de la familia. Vivía en Villa Gesell hasta que vio en la tele la foto de su nena desaparecida. Es quien habla por la familia.

—¿Usted qué cree que pasó?

—No sé. Pero yo siempre les digo a mis chicos que no digan nada del trabajo que tenía. Cuando vi que algunos medios ponían de lo que había trabajado dije: “Ya está. Me la mataron” —dice, y se quiebra.

Rubén abre una hipótesis de investigación. Pero también habla de vendedores de drogas en los boliches y pibes que toman alcohol. Cuesta poner en fila las ideas que escupe cuando habla.

El hombre contesta todos los llamados de la prensa al celular de su hijo Gustavo. También atiende a los cronistas de televisión detrás de la reja de su casa. Excepto a uno que recuerda con el rictus rígido.

—Hay un canal de televisión de acá, que no voy a decir cuál, que no la ayudó a mi mujer cuando buscaba a la nena. Le dijeron que se había ido con un noviecito. Yo eso no se lo voy a perdonar nunca —dice.

Después de la queja, agradece: a la persona que encontró el cuerpo de su hija y a los medios que “estuvieron siempre”. También recuerda a los profesores de la Escuela Técnica 2 de Ciudad Jardín que escribieron una carta y armaron un video con imágenes de su hija. Destaca a todos los que ayudaron en la búsqueda. Y entre las caras que repasa se acuerda de una y se detiene: es la de Toto. Según él y su mujer, Toto estuvo en la casa de Ciudad Jardín antes de que lo detuvieran: se acercó para colaborar en la búsqueda de Melina.

—Mi mujer le pidió ayuda para pegar unos volantes de la nena —cuenta Rubén, y su mirada se pierde, con resignación, en el suelo.

## VI.

La parada del colectivo cerca del boliche y el llamado de unos muchachos desde el auto oscuro: hasta ahí llega el testimonio de la vecina. Después, la causa sigue otro testimonio, el de una menor de edad, M., de Villa Bosch: en ese mismo auto fueron a buscar a Melina y sus acompañantes. La noche que se estiró entre drogas –pastillas, cocaína, marihuana– y alcohol y terminó brutalmente para Melina, cuando se negó a participar de una orgía: entonces la golpearon hasta dejarla inconsciente, la violaron y terminaron arrojando el cadáver en el arroyo Morón, contó M. A kilómetros de donde encontraron el cuerpo que, además, no mostraba signos de haber estado sumergido.

Dijo que todo pasó en la casa de Toto, un adolescente de 16 años, en Pablo Podestá. Es una casa con una estructura laberíntica de esas que se van construyendo según se agranda la familia. De hecho, ahora mismo hay habitaciones en construcción, con los ladrillos sin revocar y todavía sin ventanas. Se entra por un pasillo largo, hay que abrir cuatro puertas, tiene un patio de cemento y medianeras de chapa. Desde la casa de al lado, un árbol extiende algo de su verde. Al final del



patio, un templo umbanda: Olga, la mamá del adolescente, es mae de esa religión. El templo tiene las paredes blancas, tres puertas que dan a otras habitaciones y un altar que en estos días es el foco constante de seis o siete cámaras y el lugar de trabajo de unas diez personas entre camarógrafos, fotógrafos y periodistas. Hay estatuillas de San Jorge, San Miguel Arcángel, unas velas, unas ofrendas tan modestas como una botellita de cerveza vacía, unas flores y un cartel: “Filios [sic] no se olviden que la cuota del templo es del 1ero al diez del mes y que sus asentamientos necesitan luz y atención”.

Olga, rodeada de familiares y amigos, desesperada por la acusación que pesa sobre su hijo, procesado por el crimen de Melina y detenido desde el 12 de septiembre en un instituto de menores en La Plata, abrió su hogar como parte de una estrategia clara: mostrar que no tiene nada que ocultar. Las cámaras se pasearon por cada uno de los pliegues de su intimidad, por cada una de las habitaciones. Incluso mostraron los colchones, la mancha de sangre de uno, la aclaración de Olga: su hija estaba menstruando.

Entre los amigos y familiares que rodean a Olga, hay una chica flaquita, de flequillo recto, sonrisa franca y

mirada limpia. Tiene 17 años, parece más chica y habla por su amigo Toto: cuenta que esa noche, la de la desaparición de Melina, se juntó con Toto y otros amigos a comer pizza. Que, “como era la única mujer”, quería que la dejaran amasar a ella ahí en esa mesa que está en el centro del templo umbanda. Toto no la dejó, las pizzas quedaron bien, estuvieron juntos toda la noche, ella se quedó a dormir y se fue el domingo a las dos de la tarde a su casa. Su amigo no fue a Chankanab, dice ella. Lo mismo dice la familia numerosa de Olga.

Olga, 49 años, está sentada bajo una ventana. Tiene “problemas de presión”, acaba de tomar “las pastillas” y se la ve abatida bajo la luz clara que ilumina su pelo corto y más bien colorado. Dice que el cuerpo va hablar, que la Justicia de Dios no falla y que todos pagamos ante Él. Pero recurre a la lógica cartesiana para cuestionar el testimonio de M., que involucra a su hijo. A M. no la nombra, la llama la “fabuladora”. Dice que nunca fue a su casa, que es la mujer del Chavo. Y repite su parlamento una y otra vez:

—Ella declara cómo es la fachada de la casa. Dice que hay una sola puerta. Pero cuando entrás, ves que hay cuatro. Después dice que en el medio del patio hay plantado un árbol, que hay una escalera que da a

una terraza. Acá no hay terraza –enumera la mamá de Toto en modo automático y sigue—. Declara que hay un santuario del Gaucho Gil, acá no hay ninguno. Dice que la pieza de Toto tiene una puerta que es una cortina. Nada que ver.

La mujer cree que su hijo está detenido por una confusión de apodos.

–Buscaban a un Toto y a un Narigón. Se lo llevaron a él y a un amigo que le dicen Chapa porque de chiquito usaba aparatos. Como tenía una nariz pronunciada, pobrecito, lo agarraron. Pero no es el Narigón. Después lo largaron.

Olga no retacea metáforas y comparaciones cuando habla. “Esto es una ensalada muy grande y mi hijo es el condimento, el perejil”. Compara la investigación judicial con un circo: “Mi hijo y yo somos los payasitos”.

## VII.

Otro de los acusados es un chico de 20 años, Joel *Chavo* Fernández. El testimonio de M. lo ubica en la “fiesta”. Y también lo excusó en una cartita: “Sé que no

violaste ni mataste, pero aunque te duela tenés que decir la verdad”. La mamá de la menor, que trabaja en Chankanab, lo vio en un video de seguridad del boliche de la noche anterior al día en que Melina desapareció. Y él se autoincriminó en una declaración que le hizo a la policía.

Su abogado, Sergio Doutres, cuenta que es un chico bajito, flaco y con aspecto endeble pese a que trabaja, durante la semana, como peón de construcción con un contratista en Capital. Y los fines de semana, ayudando a una persona discapacitada con diferentes arreglos en la casa. Apenas terminó séptimo grado, pero Joel se las arregla para autoabastecerse y ayudar en su casa, que comparte con su mamá, Luisa, el marido de ella y dos de sus hermanos. Doutres dice que, por eso, “porque tiene plata”, las chicas se le acercan a Chavo cuando va a bailar.

Alrededor de si fue o no al boliche gira la acusación y la coartada de Chavo. La mamá de M. lo ubica en el video, pero Roxana, la hermana del chico, dice: “El sábado mi hermano fue a trabajar a Capital y después se quedó en su casa con mi mamá”. Fue Roxana la que, luego de no verlo durante 19 años, llamó a su papá por pedido de Luisa, su mamá. Luisa pensaba que

el hombre, pese a no ser parte de la vida de sus hijos durante casi dos décadas, tenía derecho a estar informado sobre la situación actual del chico: detenido y acusado de homicidio.

El abogado de Chavito también sostiene esa versión: “Él no fue a Chankanab el sábado. Ahí lo conocen todos, a cualquiera que le pregunten va a decir que no estuvo. Había ido la noche anterior. Al principio no lo dejaban entrar, después aparecieron unos amigos que lo hicieron pasar”, contó Doutres. La mamá de Toto, Olga, dice que Chavo es novio de M. y que los dos conocen a Toto solo porque su hijo de vez en cuando la acompaña a llevar comida y ropa a una casa carenciada de Billinghamurst, frente a la casa de Chavo. Además, la abuela de Chavo es comadre de la madre de M.

La policía obtuvo una confesión de Joel. Doutres cuenta que fue luego de una paliza brutal. En la comisaría declaró que él junto con Melina, Toto, el menor de 16 años y Elías *Narigón* Fernández –otro de los detenidos, un joven de 18 años– tomaron pastillas y alcohol en la casa de Toto, en Pablo Podestá. Y que terminaron la fiesta en lo de Javier *Pelado* Rodríguez, una casilla en el barrio Remedios de Escalada de San Martín, en Tres de Febrero. Que habría sido el Narigón, el único

de los acusados que está terminando el colegio, quien la mató. Y que la metieron en una bolsa y la tiraron al arroyo Morón. El hallazgo del cuerpo, a 7 kilómetros del lugar que señaló Chavo y sin señales de haber estado sumergido, lo desmiente. Y Chavo no ratificó estas declaraciones en la fiscalía. Doutres agrega que tanto Rodríguez como Fernández, los últimos dos detenidos de esta causa, fueron señalados al boleo por su defendido en su desesperación por que la policía dejara de pegarle.

### VIII.

Están los acusados, que pueden o no ser culpables, están las contradicciones de sus propias declaraciones y las de la testigo principal, M., está la evidencia que los desmiente, por lo menos en lo que respecta al descarte del cuerpo de Melina en el río. Están las pericias cuyos resultados se conocerán en un mes. Y una certeza: a Melina la mataron.

Está, estuvo, la mirada monstruosa que muchos posaron en Melina: que si salía mucho, que si tenía uno o más novios, que si se mostraba sexy, que si la

cuidaban poco. Una mirada que reconoce un plus de vulnerabilidad en las mujeres y en las nenas. Y les exige un plus de cuidado y recato para no “exponerse”. Ese plus de vulnerabilidad admite, con o sin conciencia de estar haciéndolo, un plus de violencia de aquellos que pueden hacerlas su presa: de eso hablan cuando exigen más cuidados; de la violencia de otros. En este caso, siguiendo la línea de la causa judicial, una patota de muchachos, vulnerables también ellos por su posición social, pero capaces de ser victimarios de mujeres por negarse a tener sexo con ellos, por, al fin y al cabo, afirmar su soberanía sobre su propio cuerpo.



**A los 11 años, a Lucía Palermo le salieron las primeras ampollas. Nunca se le fueron. Hoy, no puede estrujar un repasador sin sentir dolor. Argentina, campeona**

---

*\*Se refiere a los Juegos Olímpicos de Londres de 2012.*

**sudamericana seis veces seguidas, competirá en Londres\* por primera vez con mujeres más pesadas y fuertes que ella. El podio le queda lejos, pero quiere salir entre las doce primeras y, para eso, rema de espaldas a la meta.**



# Lucía, la remadora olímpica de las manos imposibles

---

**Gonzalo Figueroa** (cronista)

**E**n las manos, Lucía Palermo se pone cremas hidratantes que no le hacen demasiado efecto. También usa Trinitrofenol, un explosivo que se usa para aumentar la detonación de otros más sensibles, y crema cicatrizante. No alcanza. Si lava los platos, tiene que pedir ayuda: no puede estrujar la rejilla para secarla. Las medias de nylon se le rompen cuando las sube. Y no puede acariciar a sus sobrinos. A los chicos no les gusta la aspereza de sus manos.

Las manos de Lucía tienen callos. Hoy, cuando reme, le van a salir ampollas. Las ampollas se van a explotar. Al mediodía, cuando se detenga, las manos van a estar marcadas con círculos sin piel. Pero, sobre todo, van a doler.

\*\*\*

Lucía Palermo rema. Se entrena en la Pista Nacional de Remo en Tigre. En una lancha, al costado o atrás, la

sigue su entrenador, Mariano Kowalczyk. Lucía rema concentrada, con fuerza, sin mirar hacia dónde avanza. Sus ojos están en el reloj. Avanza de espaldas a la meta, así lo hacen todos. Kowalczyk mira por ella. En el piso de la lancha, Mariano tiene un megáfono. El megáfono: una lata con forma de cono, azul y verde despintado, con algunos bollos. Viejo, pero con ventajas: no se queda sin pilas; transmite mejor el tono de voz; y en caso de enojo, se puede golpear, no se va a romper. Como mucho, se abolla.

Lucía Palermo rema. El entrenador avisa, por ejemplo, que hay un tronco flotando; ella gira la cabeza y esquiva el tronco. “Llevá el remo bien adelante”; “piernas y brazos atrás”; “bien amplio, suave. Seis minutos de pausa”. La pausa no es descansar, sino remar más lento.

“Hay unas ramas adelante, Lucía”.

Ayer llovió. Ella se entrenó igual. “Mientras no haya tormenta eléctrica”, dice Mariano, y dice que mañana tiene un día que la va a dejar de cama. Un simulacro de regata.

Serán dos minutos al máximo y cinco segundos tranquila. Eso se repite cuatro veces y en ese tiempo tiene que cubrir los dos kilómetros que corresponden a una regata. Después, descansará 20 minutos y va a repetir el ejercicio. Al final, va a completar 20 kilómetros.

Mientras tanto, Lucía rema. Ahora con una lata de arvejas atada al bote. La tira al río para que se llene de agua y haga más peso: un ancla en miniatura. En las manos de Lucía, las ampollas crecen y explotan.

\*\*\*

Lucía mide 1,73 metros, pesa 59 kilos. Su índice de masa corporal es de 19,7 y está dentro de lo saludable, pero cerca del límite inferior. Es flaca, menuda, de pelo castaño atado en una cola de caballo. Usa calzas azules, buzo de neoprene negro y anteojos oscuros. En general, tiene el rostro serio, pero cuando sonrío, lo hace con una sonrisa extraña. Sin mostrar los dientes, los labios apretados, las comisuras estiradas hacia los costados, los cachetes forman dos arcos que dejan la sonrisa entre paréntesis. En la cara de Lucía, la sonrisa –podría pensarse– es una aclaración, un dato que no es central, pero suma.

Tiene 26 años. Pertenece a la cuarta generación de una familia de remeros. A ella le enseñó su tío abuelo, Diego Gabba, que era entrenador de la Escuela Municipal de Tigre. Del lado materno de su familia remarón casi todos: hermanos, primos, tíos, abuelos. Su tío abuelo llevaba a entrenar a los hermanos más chicos de Lucía y ella

insistía en que también quería remar. A los 11 años se subió por primera vez a un bote. A los 15 empezó a competir para el club Teutonia.

En 2004 estuvo en las Olimpiadas de Atenas junto a Milka Kraljev, salieron diecisiete. Competían veinticuatro países. Luego, estuvo siete años sin poder participar de una competencia internacional europea por “problemas políticos” con la Asociación Argentina de Remo. Sin embargo, competía a nivel nacional y sudamericano. Ganó la medalla de bronce en Río de Janeiro en 2007, medalla de oro y plata en los Juegos Odesur de Mar del Plata y Colombia. Campeona argentina ocho años seguidos, campeona sudamericana seis veces consecutivas. Pero para las copas europeas no era seleccionada.

En mayo de este año participó de su primera regata en el Viejo Continente: la Copa del Mundo de Lucerna (Suiza), en la que salió décima sobre trece competidores. En junio hubo otra Copa del Mundo en Múnich (Alemania) y terminó quinta entre veintitrés. Esta semana llegó a Londres para remar en los Juegos Olímpicos.

Para eso se entrena.

\*\*\*

Lucía quiere ser la mejor y quiere ganar. Cree que puede hacerlo. Eso se dice ella y eso le dice Mariano, su entrenador.

—Cuando voy a competir, él me pone un cartelito en el bote que dice “yo puedo”, o cuando me manda un mail, en el final me dice: “Acordate el lema: Yo puedo”.

Junto al río, el sol de la siesta hace lo que sabe hacer: le da al invierno una linda temperatura.

—¿Por qué preferís el remo individual?

—El remar sola me da más placer. Soy una persona muy exigente. Me gusta mucho lo que hago y siento que remando individualmente la exigencia, la responsabilidad y el placer son solamente míos.

—¿Qué te da placer?

—Todo. Me gustan los desafíos. Estar en el agua, la técnica, no sé, muchas cosas. El remo me saca de lo común.

Como en todas las competencias de alto rendimiento, Lucía tiene que seguir una dieta. Su categoría es peso ligero, hasta 59 kilos. No le cuesta dar el peso, pero tiene que cuidarse. A veces, se permite comer algo dulce.

Lucía es celíaca. Eso no le impide tener una alimentación sana. Solo no puede comer cosas ricas.

—Cuando estás en un nivel de alto rendimiento, cuestan muchas cosas, y a veces cuesta incorporar lo que es

una buena alimentación. Como todo lo que tengo que comer, y por ahí me quedo con ganas.

Lucía toma vitaminas y glutamina para regenerar el músculo. No hace mucho gimnasio porque el músculo es pesado y la haría subir de categoría, pero se entrena para conseguir más fuerza. La rutina es de una hora, cuatro veces por semana. Y en el agua, de lunes a lunes, veinte kilómetros a la mañana, y los días que no va al gimnasio, quince o veinte kilómetros más a la tarde.

—¿En qué pensás cuando remás?

—Me concentro en la técnica. Antes pensaba que quería ser la mejor. Últimamente disfruto de lo que estoy haciendo, así que no tengo tiempo para pensar en otra cosa.

—En el deporte de alta competencia, la cabeza influye...

—Mucho. Cuando corrí este año en Lucerna, era una experiencia nueva. En el exterior es otro ritmo de regata, se corren tres o cuatro para cada disciplina y acá es una sola. Cuando en Europa termina la época fuerte de competencia, empieza en Argentina. Nunca estamos en ritmo. Los nervios me jugaron en contra, pero me di cuenta de que mi cabeza estaba muy bien.

En las Olimpiadas, la competencia es de categoría libre y no está separada por peso. Lucía va a competir contra mujeres más pesadas y con más fuerza. Igual, se tiene fe.

—De los 24 botes que vamos a ser, espero estar entre los 12 primeros. Después de ocho años, parece como si recién empezara. En Múnich me estuve comparando con las pesadas y estuve siempre entre los puestos seis y doce. Me falta experiencia y tiempo, porque las campeonas olímpicas en general tienen entre 30 y 35 años.

Lucía acaba de cumplir 26. Para dejar de remar, todavía le falta mucho, pero tiene otros planes: dedicarse a la repostería. El remo va a estar presente, pero no va a ser lo principal.

—Soy chef y hago repostería para casamientos, mesas de dulces.

Hasta hace poco también trabajaba haciendo repostería, pero no quería perder tiempo de entrenamiento y decidió rechazar los pedidos.

Cuando cocina, no puede comer nada. Por la dieta. Cuando deje el remo, tampoco va a poder comer. Por la celiaquía.

—De todos modos —se consuela—, me canso de ver las cosas dulces. Y ya ni me tientan.



Las empleadas auxiliares de casas particulares no son empleadas comunes. Comparten con sus patrones casa, comida y, muchas veces, momentos claves de la vida. De alguna forma, son parte de la familia. Los autores pensaron las lógicas y tensiones de esta relación que oscila entre la confianza y el negocio, incluye favores y recomendaciones, pero no deja de lado la distancia de la jerarquía.



# El costo de las relaciones domésticas

---

**Santiago Canevaro** (doctor en Ciencias Sociales)

**Luciana Mantero** (periodista)

**H**ace 18 años que Natividad trabaja en la casa de Irene. Le ha dicho que la regularice, que la inscriba en la AFIP, le haga los aportes previsionales y le pague las cargas sociales que corresponden, pero Irene no dice nada. Dilata la cuestión. Hace unos días, le dijo que, según sus averiguaciones, eso no es posible. Así dijo: “Eso no es posible”.

Natividad sabe que es mentira. Un abogado le aseguró que si empezara un juicio lo ganaría. La bronca le revuelve el estómago. Tantos años de quererse y la engaña de esta manera. Su hermana trabaja con la prima de Irene, su sobrina limpia en lo de la prima de Irene, su tía trabaja como niñera de los mellizos de la hija de Irene. ¿Y ella le paga así, mintiéndole?

“¿Y si le hago juicio y la mando a la mierda?”, se tentó muchas veces. Pero hubiera sido arruinar toda una industria familiar basada en la confianza.

En la cocina, esperan que se terminen de dorar los canelones, cuando le dice que va a renunciar. La mira a los ojos; Irene desvía la mirada hacia los azulejos del piso.

—No vaya a ser cosa que en vez de una carta de renuncia me vayas a mandar una carta documento —dice Irene.

—Perdí cuidado, que yo no soy esa clase de persona —contesta ella.

Gracias a su comadre, empezará a trabajar pronto en una casa nueva, ganará el doble, en blanco, menos tiempo y con más flexibilidad.

—Hice bien en aguantarme la bronca —dirá después.

Habría tirado tantos años a la basura. Y ni hablar de la amistad, el cariño. Se habría quedado sin referencias. Habría ensuciando el honor del resto de su familia. El tiempo le daría la razón. Era importante que la nueva patrona supiera qué clase de persona estaba metiendo en su casa.

Las 150 mujeres y los ocho hombres caminan en la Plaza de Mayo; usan remeras blancas con letras celestes y rojas. Algunas dicen “Unión de Personal Auxiliar de Casas Particulares (UPACP)” y están estampadas con el logo del sindicato. Otras son más coloquiales: “Empleadas domésticas”. Pasan por al lado de una carpa

en la que protestan ex combatientes de la guerra de Malvinas, desfilan cerca de la Pirámide y se amuchan bajo la sombra de una de las pocas palmeras que alivian aquel agobiante mediodía de noviembre. Las mujeres llevan en sus manos pancartas con la inscripción: “Por la reivindicación laboral”. Hace un rato bajaron de cuatro micros escolares anaranjados.

Charlan entre ellas, pero cuando se acerca un móvil del noticiero de Telefé que transmite en vivo, se agrupan, levantan los carteles y las banderas fluorescentes. El grupo de hombres desenfunda unos instrumentos. Se hace una suelta de globos celestes y blancos y entonan, con cierta afinación:

*Hoy cantemos, cantemos con orgullo  
siempre unidos por una causa justa  
defendiendo dignamente los derechos  
de los trabajadores del hogar.  
Que las voces sigan resonando  
al compás de la música gloriosa  
y unamos nuestras manos laboriosas  
convencidos que vamos a triunfar.*

La Unión del Personal Auxiliar de Casas Particulares (UPACP), el sindicato más grande, tiene 60.000 afiliadas y su obra social, 120.000. En las aulas de computación, limpieza y cocina de la Escuela de Capacitación se machaca la idea de que su trabajo debe ser respetado, valorado y remunerado de forma justa y que ellas deben tener los mismos derechos que cualquier otro trabajador.

A pesar de que representan más del 17% de la población femenina económicamente activa: unas 800.000, la convocatoria es acotada. El acto dura más de una hora y luego cada una de estas mujeres se sube a los micros y vuelve a su casa o a su trabajo.

\*\*\*

13.04.13 00:20

Maria\_jo

Es imposible conseguir mucamas que trabajen en blanco por esos planes sociales. Prefieren atenderse en hospitales que acceder a una obra social y sus respectivos beneficios. Hoy tengo 2 mucamas, una a la mañana y otra a la tarde, y siento que me hacen un favor al venir a trabajar. Creo que hay que valorar la cultura del trabajo, hay mucha gente que se abusa pero a mí

me tocan todas las que se saben todas las leyes!! Me la banco porque tengo un bebe de 1 y medio y sin ayuda es imposible.

12.04.13 19:29

Zgizgi

Tuviste suerte. No hablo por todas, pero mejor las tratás y peor te pagan. Al menos en mi experiencia.

12.04.13 18:19

mazinkert

Se cortó la joda. Ahora no van a poder trabajar en negro y cobrar el plan trabajar.

12.04.13 18:19

hectorv

Que alguien me explique, porque leí la ley y no entiendo ¿a la Sra. que viene a trabajar 4 horas 1 día por semana a casa le tengo que pagar 14 días de vacaciones, licencia por maternidad y darle días de estudio? ¿Le tengo que pagar la totalidad de los aportes previsionales?

12.04.13 17:42

solcitolmadrid

Las empleadas domésticas no pueden estar igual que cualquier trabajador. Tienen casa y comida gratis, y 8 horas de trabajo diarios, el resto es extra, y siesta de 3 horas, y terminan los sábados, pero tienen CASA, GAS. TELEFONO, ELECCTRICIDAD, AGUA CALIENTE, CALEFACCION, AIRE ACONDICIONADO, COMIDA!! DE LA MEJOR Y DE LA QUE COMEN SUS PATRONES!!! NO HAY DIFERENCIA, HELADOS, CINE, TV, SALIDAS, EL SUELDO LES QUEDA LIMPITO!! ES UN EXCELENTE TRABAJO!!!!

Otros internautas del diario *La Nación* pronosticaban un aumento de despidos en el sector. Algunos sostenían que no podían ser tratados como una empresa en cuanto a las exigencias laborales. Y otros decían que no podrían pagarlo.

Todos comentaban la noticia: una semana después de la marcha de UPACP, el Senado aprobó con modificaciones el Régimen Especial de Contrato de Trabajo para el Personal de Casas Particulares, que Diputados convirtió finalmente en ley el 14 de marzo de 2013. La norma prohíbe el trabajo a menores de 16 años, otorga licencias por maternidad y otros permisos, duplica la indemnización, exige la contratación de una

ART y equipara otros derechos a los del resto de los trabajadores.

Pero nada sugiere que los empleadores sean conscientes de sus responsabilidades. El rubro se ha desarrollado históricamente por fuera de todo marco legal (hasta 2004, el 95% de las empleadas domésticas no estaba registrado) y el trabajo sucede en un espacio de intimidad, puertas para adentro.

Según cifras oficiales, el 84% del empleo doméstico es en negro. Por ahora, muy pocas empleadas aprovecharán estos beneficios.

\*\*\*

Ester González trabaja como empleada doméstica desde hace 32 años. Conoce el oficio. Elige trabajos por hora, privilegia a personas sin hijos, preferentemente hombres: suelen no estar y cuando están, “joden menos”. Reivindica su profesionalización como agente de limpieza.

—No es una cuestión personal. Un empleador entrometido entorpece tu trabajo. Se ponen a mirar, y están ahí relojeando todo el día, es insoportable, podés perder el día —dice mientras ordena la ropa en la pensión de Constitución en la que vive.

Ester llama a sus empleadores por su profesión o su estado civil. Trabaja en casa de una psicóloga, un médico, una odontóloga, “un hombre solo”, una pareja y un estudio de abogados, entre otras más esporádicas.

Elige definirse como alguien que ha tenido que “ganar las casas”: aprender el estilo de limpieza con los productos adecuados y las prioridades de cada empleador; la psicóloga prefiere encerar la mesa de madera cada semana, para la odontóloga con un trapo húmedo con detergente es suficiente; el baño del “hombre solo” se repasa a fondo con lavandina; por la alergia, el de los abogados solo con algún limpiador cremoso. Lograr la confianza suficiente para ingresar al hogar con las llaves, limpiar en soledad, tomar su salario diario o semanal y comunicarse vía notas o mensaje de texto; establecer la ruta más efectiva para ir de un lado a otro de la ciudad y sus alrededores cumpliendo con los horarios pactados. Esto le permite poder trabajar “tranquila”, organizar su itinerario laboral y ajustarlo a sus responsabilidades personales y familiares. Hace tiempo que decidió que no estaba dispuesta a perderse la vida de sus hijas “por cuidar la de otros”.

No siempre trabajó por horas. Hubo un tiempo, en los comienzos, en que se desempeñó “sin” y “con



retiro” cuidando niños y limpiando en distintas casas. Tiene 47 años.

Entre las empleadas domésticas argentinas se detecta un corte generacional según sus expectativas, contextos sociohistóricos y trayectorias laborales: las mayores de 50, cuya movilidad social está dada por los beneficios que surgen de las relaciones afectivas entabladas con las dos o tres familias para las que han trabajado a lo largo de sus vidas; y las más jóvenes, y desapegadas, en general con mayor nivel de instrucción, que ven el oficio como algo transitorio. Por su edad, historia y mirada, Ester podría ubicarse en un espacio intermedio entre ambos grupos. Privilegia vínculos fugaces, aunque esto no quiere decir que no sea consciente de las virtudes que supone entablar relaciones afectivas con empleadores. La excepción es Romina.

Para ella, Romina no es arquitecta, ni bióloga, ni veterinaria. Es Romina, a secas.

Ester entró a trabajar a su casa “con cama” en 1992; cuidó primero a sus dos hijos y después, cuando nació el tercero, Christian, pasó a trabajar “con retiro”.

Christian, 15 años, alto y pálido, está arreglando una computadora en el cuarto de la pensión que Ester comparte con sus dos hijas, de 8 y 11 años. Juega con

ellas. Han ido a sus cumpleaños, a jugar a su casa, han sido invitadas al country del padre en el verano.

También se apretujan allí la hermana de Ester con su novio y otra amiga de la pensión. Es domingo, seis de la tarde y mientras Ester cuenta su vida, suena su celular. Es Romina, que hace menos de un mes tuvo un accidente.

Ester atiende, habla, y su expresión denota algo de molestia. Después le pasa el teléfono a Christian, quien lo agarra como resignado.

Romina le acaba de pedir a Ester que vaya a su casa para ayudarla a bañarse.

Ester empieza a abrigarse.

—¿No será que te vas a ver algún novio? —le dice su hermana.

—Ojalá tuviera un novio que me bañara —responde ella, la mirada seria.

No le gusta eso de tener que ir corriendo cuando su empleadora quiere bañarse, pero después dirá que Romina fue la única que la quiso poner en blanco desde el primer día de trabajo y nunca tuvo que pedirle aumento. Le recomendó a la hermana de su mejor amiga como pediatra en un hospital público y a un nefrólogo para su madre, que viajó desde Santiago del Estero

para tratarse. Cuando ella estuvo internada, se preocupó por sus hijos.

Ester vivió las dos separaciones de Romina y el casamiento de uno de sus hijos. Las decisiones que atañen a los cambios en la modalidad y el tipo de trabajo se relacionan con el ciclo de vida de empleadoras y empleadas. Casamientos, nacimientos, separaciones, migraciones.

Así, pese a la molestia que le causa, saluda a sus hijas y a su hermana y sale para la casa de su patrona.

\*\*\*

Luis Vidal es ancho, ampuloso, cortés y delicado. Toma un té con scones en una tacita de porcelana de Limoges. Está sentado en un living elegante que pertenece a una nieta de la familia para la que ha trabajado gran parte de su vida, con la que aún sigue en contacto y quien lo ha convocado para que cuente su historia. La nieta pide anonimato. Solo dice que vive en Coghlan.

A los 12 años, Vidal ya era peón, ayudaba a su padre, que era encargado de la quinta y del criadero de aves de la chacra de fin de semana de la familia. Después pasó a ser “pinche de cocina”. El mundo respiraba la paz

de entreguerras y la Argentina atravesaba la “década infame”, plagada de fraudes electorales. Aún no había leyes para el personal doméstico (como la que se sancionaría en 1956 y otorgaría derechos restringidos), ni sindicatos, ni jurisprudencia, ni estatutos. Por ser menor, Luis cobraba medio sueldo.

A los 16 pasó a hacer el mismo trabajo en la mansión de estilo francés y cuatro plantas en Buenos Aires. Y cobró su primer sueldo entero. Un tiempo después, ascendió a mucamo y, finalmente, a mayordomo.

Vivía en unos departamentitos del último piso. Salía de franco solo los domingos y alguno cada tanto le tocaba quedarse de guardia.

Trabajaba para la señora y el señor de aquella dinastía, de diez hijos y una veintena de nietos, de la alta sociedad porteña.

—Para mí, la señora era madre y maestra. Yo tengo cuarto grado en una escuela rural. Ella me enseñó las reglas de educación, me enseñó cómo tenían que comportarse los hijos. Y con la Niña (la hija solterona) aprendí todas las reglas de cortesía. Me enseñaron protocolo. Me prepararon para la vida.

Sus patrones pasaban la mitad del año de viaje paseando y haciendo negocios por Europa, en las

exclusivas carreras de caballos de Ascot patrocinadas por los reyes de Inglaterra o remojándose en los baños termales de Bagnoles de l'Orne, en la costa francesa.

—Se ganaba bien. El trabajo era liviano. La verdad es que éramos príncipes. Había buen trato, buena comida. Nos iban aumentando el sueldo sin necesidad de pedirlo.

Luis aclara que él tuvo suerte porque no era lo mismo en todas las familias de la alta sociedad local. No existían las vacaciones para el personal, pero a él le daban una semana. En aquella casa, todos los empleados tenían un médico de cabecera.

Se acuerda de aquel enero en el que tenía que operarse las amígdalas. Antes de irse de vacaciones a Mar del Plata, su patrona le ordenó al médico que lo dejaran internado en la clínica una semana más: la casa iba a quedar sola y nadie podría cuidar al mayordomo.

Lo que no recuerda Luis (o tal vez prefiere no mencionarlo) fue el verano en el que había ido a trabajar a la estancia del sur, cuando uno de los hijos de sus patronos lo invitó a navegar por los fiordos junto con sus amigos. La felicidad lo desbordaba. Pero casi a punto de embarcarse, la esposa de su anfitrión lo humilló: delante de todos, le dijo que volviera a la casa a cumplir con sus tareas.

Tiempo después, Luis le daría la razón. Pensaría en quién se iba a hacer cargo de su trabajo atrasado. Luego, Luis se casó con Angélica Ana, mucama de una de las nietas de los señores. En 1949 tuvo un pico de estrés y decidió renunciar.

A través de la familia llegó recomendado como *maitre* (o jefe de sala) al emprendimiento gastronómico de otra señora de alta sociedad. Luego empezó su propia empresa de catering y se convirtió en uno de los principales proveedores de sus ex patrones para las cenas familiares, los té canasta y las reuniones de bridge. A lo largo de varias décadas se ocupó de los casamientos de muchos nietos y bisnietos de la familia.

Se compró su casa con un crédito de 50.000 pesos sin interés ni garantía, a devolver en el monto y en el tiempo que él quisiera, del banco de sus ex empleadores. A la hora de jubilarse “no le dio la confianza” para pedir un certificado de mayor sueldo y conseguir una mejor previsión social.

“Luis, estamos de igual a igual. Usted se lo ganó por su cumplimiento”, recuerda que le dijo el señor cuando él fue a agradecerle una recomendación. Despliega aquella frase como una cucarda. Pero no se engaña.

—Hemos tenido una amistad sincera y recíproca con la familia. Siempre existió ese gran respeto; seguirá por toda la vida. Pero por más confianza que haya, es una relación de trabajo.

Como muchos otros empleados y empleadas domésticas mayores de 50, Luis Vidal ha sido “criado” y “formado” por las familias de altos recursos. Para Luis, como para sus empleadores, la proximidad física no supone un cuestionamiento de las fronteras sociales: procesa esas distancias desde nociones como el “honor”, el “agradecimiento”, la “devoción” y el “respeto”. Empleados como él se reconocen afortunados en el hecho de trabajar para una familia con recursos económicos y valores culturales distinguidos. Sus trayectorias nos hablan de una Argentina distinta y nos muestran el manejo y procesamiento de las distancias sociales en los sectores altos de la sociedad.

\*\*\*

Cuando hace 19 años Cecilia llegó a la casa de Patricia, a tres cuadras del Parque Lezama, para trabajar tres veces por semana, no sabía cocinar ni limpiar.

—Le enseñé cómo hacer una carne al horno, le enseñé valores. Soy obsesiva y ahora ella es obsesiva y le sirve para el trabajo: la convertí en una mina casi perfecta como doméstica —dice Patricia, sentada en el living de su casa.

A los pocos meses, Cecilia quedó embarazada: Patricia le consiguió pediatra y un hospital en el que atenderse. Luego, Cecilia se separó. Tenía problemas para pagar la pensión y Patricia, que le había tomado cariño, le ofreció que se fuera a vivir a su casa.

Se mudó con su hija. Y así se fue acercando a Alberto, el hijo mayor de Patricia, que atravesaba una serie de brotes psicóticos cada vez más graves. Alberto solo parecía animarse a salir de la casa con Cecilia y su beba. Los fines de semana, salían de paseo todos juntos.

—Se iba convirtiendo en alguien cada vez más parecida a mí. Alguien que yo podía dejar encargada de todo cerrando los ojos, era como si yo estuviera en la casa.

Lograr que una empleada realice las tareas domésticas “como si fuese” la propia empleadora constituye una garantía de la continuidad de un “modelo de domesticidad” burgués en los hogares de sectores medios como el de Patricia. En las casas, puertas para adentro, se difunden patrones culturales que promueven



ciertos significados y representaciones entre grupos de clases sociales distintas.

Tres años después de vivir en la casa de Patricia, Cecilia conoció a su actual marido, un tapicero cordobés, ex alcohólico recuperado desde su ingreso a la Iglesia de los Testigos de Jehová. Al año, un mes antes de casarse, se fueron a vivir juntos a una casa en el conurbano bonaerense. De a poco, la relación patrona-empleada iba tomando otro cariz: no era familiar, pero se acercaba a algo parecido. El hijo mayor de Patricia fue el padrino de la boda.

Tuvieron un hijo. Y Cecilia siguió a su marido en los caminos de la fe.

—En casa éramos todos muy críticos respecto a la afiliación a los Testigos de Jehová. Nos daba pena por los chicos, con los que nos habíamos encariñado, porque ellos no festejan los cumpleaños ni Navidad. Nosotros les hacíamos regalos, les decíamos feliz cumpleaños, y en Navidad venían con nosotros. Cecilia se ponía mal porque nos metíamos un poco.

Empezaron los roces; además Patricia empezó a tener problemas económicos. Cada vez se demoraba más en el pago del sueldo. Entonces entre ambas hubo un acuerdo implícito de que Cecilia dejara a sus hijos

al cuidado de Alberto y su abuela, mientras ella iba a otros trabajos. La madre de Patricia se convirtió casi en una abuela para los chicos.

La casa de Patricia en el primer piso y la de su vecina en la planta baja limitaban con otra, abandonada, en plena disputa legal por la sucesión. El deterioro y la humedad le habían causado a Patricia daños en la medianera. Sin dinero y como compensación, los herederos habían pactado cederle un espacio para que guardara su auto.

La casa abandonada había sufrido varios intentos de ocupación. En octubre de 2002, Patricia accedió a una sugerencia que su empleada doméstica le había hecho varias veces: mientras se resolvía el juicio, Cecilia y su familia podían mudarse a aquella casa.

Como la puerta del frente estaba tapiada para evitar intrusiones, Cecilia y su marido entraban por la del garage de Patricia. Arreglaron el techo, la cocina y construyeron habitaciones. Patricia empezó a sentir que Cecilia abusaba de los espacios que le daba.

—Cada vez que salía, dejaba a los chicos en casa. Todos los días. Como si mi mamá y mi hijo fueran sus niñeras.

Algo que se había iniciado como un acuerdo implícito a partir de la dificultad de Patricia para pagarle el sueldo a Cecilia, se transformó en un problema.

Patricia pensó que el vínculo había “sobrepasado la relación de una patrona y su criada”.

—Hubo exceso de confianza. Y se terminó de confundir todo —dice mientras camina por su terraza llena de plantas. Abajo, en el patio de Cecilia, hay plantas parecidas.

Patricia se enteró de que Cecilia y su familia estaban colgados de la luz, el gas y la televisión por cable de un vecino y una fábrica lindante, y de que ya tenían interesados en alquilar la cochera. Una cochera que era suya.

Un día que Cecilia había ido a limpiar su casa, le pidió que sacara el auto del garage. Patricia se negó. Cecilia insistió y, enojada, le dijo que no podía volver a dejar el auto ahí.

—Y vos no podés poner más un pie acá en esta casa. Considerate despedida. Sos una hija de puta.

Para Patricia, Cecilia no había reconocido las fronteras que las separaban.

El reclamo de Cecilia se inscribe en una lógica igualitaria. Seguir creciendo suponía para ella poner en cuestión, a partir de un planteo directo que afectaba los intereses concretos de Patricia, una frontera de clase que se había vuelto permeable. Ella dice que la entiende.

—Pero ojo, que yo lo que tengo lo hice laburando, a mí nadie me ayudó. Y ella sabía esto.

La igualación que hace Patricia es un aspecto frecuente en la identidad de los sectores medios de Buenos Aires, asociada a sus orígenes inmigrantes. El empeño, el esfuerzo y el trabajo son valores culturales para resaltar. En paralelo, es también la clase media la que suele asociar la autoridad ejercida de manera estricta con una supuesta condición jerárquica o esclavista. La situación a la que llegó la relación muestra la vacilación y la dificultad de Patricia para ejercer la autoridad en cuanto empleadora.

Del otro lado, Luis Vidal comparte con Ester y Cecilia la experiencia de tener empleadores o patrones que les han dado ayuda, favores, recomendaciones a lo largo o durante ciertos períodos de sus vidas. Pero esto tiene consecuencias en ellos. Luis toma la jerarquía como un orden casi natural; Ester la acepta con evidente disgusto y la cuestiona; Cecilia la desafía montada sobre un sentimiento de igualdad.

Esta mayor cercanía entre clases sociales, que se refleja en códigos compartidos entre sectores distintos, y por ende en los vínculos entre empleadoras y empleadas, es algo que nos identifica como país. Expresan una “cultura igualitaria” o “pasión por la igualdad social” que algunos investigadores atribuyen a la influencia de

las tradiciones plebeyas de la inmigración y al peronismo. Es un fenómeno que es menos habitual en Brasil o en México, por ejemplo, donde las relaciones entre clases parecen más atravesadas por códigos jerárquicos y distancias sociales inamovibles. Y bien diferente de otros casos anglosajones, como Estados Unidos, donde el igualitarismo se manifiesta en intercambios mediados por el dinero: el gran igualador universal.

Media hora después de prohibirle poner el auto en el garage, Cecilia volvió llorando a pedirle disculpas. Patricia se negó a aceptarlas. A los quince días recibió una carta documento que la demandaba por 15.000 pesos en concepto de indemnización, jubilación, aportes patronales y daños morales. Patricia, dice, se sintió muy mal y tuvo una descompensación. La empleadora contestó las cartas documento hasta que, pocas semanas después, su ex empleada desistió de seguir con el juicio.

Cecilia fue la primera empleada que Patricia se permitió tutear en su vida.

Luego, contrató a Noelia.

A ella la trata de usted.



**A los 82 años, la primera química nuclear argentina sigue leyendo e investigando como cuando se recibió. Tras el golpe de Estado de 1966, Sara Rietti convirtió el living de su casa en un búnker desde el que organizaba la partida al exilio de los investigadores más importantes del país. Perfil de una investigadora que piensa la ciencia en función de las necesidades de la sociedad y se define como un animal político.**

# Sara Rietti: otra ciencia es posible

---

**María Florencia Alcaraz** (periodista)

**C**oncentrada en los tubos de ensayo, Sara Rietti no se da cuenta de que en el laboratorio hay alguien más. Solo lo ve cuando el hombre pone un arma sobre la mesa.

—Doctora, va a ser mejor que se vaya.

Es 1975. Hace dos años que Sara se desempeña como directora de Coordinación del INTI. Tiene tres hijos: muy chicos como para entender qué es un mártir.

Perón murió y el gobierno está en manos de su esposa Isabel. Para los académicos progresistas, la persecución que empezó con el golpe del 66 es una sombra. Sara piensa que esto no es nuevo. Diez años atrás, cuando todavía era una estudiante de química, resistió el desalojo de la Noche de los Bastones Largos en la facultad de Exactas. Su carrera científica está marcada por esa jornada histórica. Piensa que es más inteligente seguir dando pelea desde otros espacios. Aunque, se

promete, pase lo que pase, nunca va a olvidarse de este momento y, sin preguntar nada, sale del laboratorio.

\*\*\*

Al padre de Sara, un inmigrante ucraniano, no le importó mucho qué quería su hija de la vida. Creyó que la mejor opción para esta chica rápida con los cálculos matemáticos era una carrera exacta y así fue. Sara terminó la escuela secundaria y se inscribió en química en la Universidad de Buenos Aires. En 1953, cuando fue a rendir la última materia, la facultad estaba intervenida: no había mesas de examen. Tuvo que viajar a Bariloche y rendir en la Comisión Nacional de Energía Atómica. Así, se convirtió en la primera química nuclear recibida en el país. Casi de casualidad.

—Me hubiese gustado más seguir filosofía, historia o ciencias políticas, pero una prima mucho mayor se había recibido de química: en la familia estaba bien visto. Tenía prestigio, así que no me quedó mucha opción —dice Sara, con un hablar manso, sentada en un bar cerca de su departamento, frente al Jardín Botánico.

Cuando terminó la facultad, dedicó su trabajo de tesis a lo que ella llama “sus boranos”: compuestos



químicos, científicamente conocidos como hidruros de boro, que se usan en la industria aeroespacial. Los compuestos que investigaba necesitan un tratamiento específico: no pueden recibir ni aire ni humedad, tienen que estar fríos todo el tiempo. Sara no dejaba de pensar en ellos: estaba pendiente de la temperatura de “sus boranos” hasta los fines de semana. Sábados y domingos, con sus hijos a cuestas, iba al laboratorio a controlar la temperatura de los compuestos.

Madre, científica y docente, no descansaba. A la mañana, darles de comer a los chicos; luego, los dejaba en la escuela y se encerraba en el laboratorio: toda la tarde en el laboratorio. A la noche daba clases en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA. Llegaba a su casa molida. Dice que su marido, el reconocido químico Víctor Rietti, la ayudaba. Dice: “Mi esposo siempre cocinó”.

\*\*\*

—Es una incansable, paciente y talentosa —muy talentosa— constructora de redes personales, institucionales y políticas —dice el doctor en física Diego Hurtado, secretario de Investigación de la Universidad Nacional

de San Martín (UNSAM). Hurtado conoció a Sara en 2004. Cuando ella coordinaba la maestría de Política y Gestión de la Ciencia y la Tecnología (UBA), lo convocó como profesor de historia social y a partir de ese momento concretaron múltiples proyectos juntos. “Cuando uno la llama por teléfono por cualquier cuestión, tiene que saber que llamarla significará llevarse alguna tarea”, dice Hurtado.

Diego Hurtado describe a Sara: “Comprometida con su trabajo y con mucho más que eso. Su pasión excede las paredes del laboratorio”.

Alejandra Ciriza es doctora en Filosofía e investigadora del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas). En el año 2010 conoció a Sara en un foro sobre mujeres, ciencia y tecnología y quedó fascinada con su exposición.

—Sara emblematiza la edad de oro de la universidad argentina —dice Ciriza—. Pero además, tiene lucidez política y teórica para percibir los defectos no luminosos del sistema de ciencia y técnica. No es solamente una científica, es una científica con conciencia de qué significa hacer ciencia en un país del Tercer Mundo.

Mientras habla, revuelve el café con leche. Cuando hace una pausa, toma un sorbo profundo. Retoma la charla; la mesera interrumpe intentando llevarse los restos de la torta. Sara la reta con un suave golpecito en su mano. La trata como a uno de sus cinco nietos. La chica parece sorprenderse por la reacción de esta abuelita con aspecto inocente. La torta queda en su lugar. La mesera no sabe que esta señora de pelo blanco bien corto, jogging y zapatillas deportivas es parte de la historia de la ciencia argentina. No tiene por qué saber que Sara fue la primera química nuclear recibida en el país.

—La pasión política me la inculcó un primo ocho años mayor, ingeniero, trotskista y poeta, que formó mi biblioteca. Él me enseñó a comprometerme con lo que hacía.

Como en aquella tarde de 1975 en la que tuvo que abandonar el laboratorio al ver al hombre armado, Sara piensa en el mes de junio de 1966. Un mes antes, Juan Carlos Onganía había derrocado al gobierno democrático de Arturo Illia, las universidades públicas habían sido intervenidas.

Sara piensa y habla de la noche en la que, junto con un grupo de estudiantes y profesores, estaba en la sala

del Consejo Directivo de Exactas con Rolando García, el decano, y el vice, Manuel Sadosky, resistiendo la intervención. Tuvieron que irse cuando los policías entraron a Perú 222 para desalojarlos. Ella pasó la noche, junto con su marido, sacando a otros académicos de las comisarías.

Y entonces, el living de su casa se convirtió en un búnker desde el cual organizaban la salida al exilio de los investigadores más importantes del país. Sara y su esposo se ocupaban de contactar a hombres y mujeres de ciencia en el exterior para que les dieran asilo a los colegas perseguidos. Distribuyeron las salidas hacia tres países: Chile, Brasil y Venezuela. La lucidez y la pasión puestas en funcionamiento para salvar vidas.

—Yo me quedé porque estaba mi mamá solita y a mi esposo le costaba dejar la fábrica que tenía —dice seria y toma otro sorbo de café. Como si, por un momento, debiera hacer una pausa. Como si, por un momento, tuviera que dejar de pensar en todo eso.

Con el regreso de la democracia, Manuel Sadosky volvió al país y convocó a Sara como jefa de gabinete de la Secretaría de Ciencia y Técnica. Necesitaba una persona que se encargara de traer a los científicos que se habían ido. Ella era la persona que podría recomponer las redes que la dictadura había arrasado.

\*\*\*

Si alguien pasara por la puerta y viera a través de la ventana de este bar a Sara, seguramente le llamarían la atención sus ojos claros. En los años cincuenta, su belleza activaba la testosterona de los compañeros de la Facultad de Ciencias Exactas.

—Había muy pocas mujeres y yo era de las más lindas —dice.

En la primera materia que cursó conoció a Víctor, en ese entonces ayudante de cátedra.

—No quería ponerme de novia porque era demasiado joven y nos veíamos en la facultad. Pero él se empeñó y acá estamos, juntos desde hace 60 años.

Sara habla con serenidad pero sin freno. La charla transita temas de ciencia que pueden ir desde el uso de glifosato hasta las utilidades de la energía solar. En algún hueco, sin la necesidad de una pregunta, habla de política como si no hubiera una línea que dividiese una cosa de otra.

—La clase media es la más irreflexiva, la que sale a cacerolear si le quieren cobrar un pesito de más a los de la soja. ¿No les da vergüenza salir con la cacerola?

¡Hasta por una cuestión de estética les queda mal! Y decime, ¿vos que pensás de la nanotecnología?

No para.

—Hoy no hablé de ninguno de mis novios secretos —bromea: fue y es mujer de un solo hombre.

—No, Sara. Si querés te hablo de los míos.

—¿Quién es el rector de la Universidad de General Sarmiento?

—Eduardo Rinesi, uno barbudo. Es interesante, ¿no?

—Ah. Ese me gusta mucho. Pero bueno, por hombres no nos vamos a pelear. Es grandote: mejor lo repartimos.

\*\*\*

En su casa no tiene televisor. Está conectada al mundo a través de su computadora. Contesta los correos electrónicos con rapidez: no es una abuela analógica. Sobre el escritorio de su computadora tiene un estante de libros. Entre los textos, las caras de sus nietos cuando eran chicos la miran cada vez que se sienta a escribir un correo o producir un artículo para Voces en el Fénix, la revista de la Facultad de Ciencias Económicas. En el octavo número de la revista publicó uno de sus últimos

artículos: “Vigencia del pensamiento latinoamericano en el campo CTS (ciencia, tecnología y sociedad)”.

Alejada de los laboratorios, pero más cerca de sus intereses como investigadora, sus días son intensos. Su rutina está más cerca de la de cualquier científico en actividad que de la de una jubilada que madruga para ir a la cola del banco. A pesar de sus 82 años, la primera científica nuclear de la Argentina se levanta temprano y ocupa el resto del día leyendo e investigando para escribir artículos.

—Ahora parece que estoy de moda. Me pidieron artículos para el Ministerio de Ciencia y Tecnología, para una publicación que va a salir sobre pensamiento latinoamericano en ciencia —dice entusiasmada.

Casi todas las semanas, visita alguna universidad pública. Si bien en la UBA se formó como intelectual, conoció al padre de sus hijos y a otros científicos que la guiaron en la carrera, hoy su “debilidad” son las universidades del conurbano y del interior del país, donde la invitan a dar conferencias y charlas.

Desde 2010, el salón principal del Instituto de Estudios de Género de la Universidad Nacional de Cuyo se llama Sara Rietti.

Dice Sara: “Nos mimamos mutuamente”.

\*\*\*

En la cabecera de su cama tiene una foto de su madre, una de su padre y una del científico y secretario de Ciencia y Técnica del primer gobierno democrático posterior a la última dictadura militar en la Argentina, Manuel Sadosky.

—Si pienso en mi mamá y mi papá, me puedo poner a llorar. Si pienso en Manuel, también. Lo quise demasiado.

Más allá del cariño que la une a Sadosky, que falleció en 2005, Sara se define como varsavskiana.

El doctor en Química Oscar Varsavsky es el exponente máximo del pensamiento científico latinoamericano: una corriente preocupada por pensar el desarrollo en función de las necesidades reales de cada sociedad. Siguiendo su legado, ella defiende la ciencia que no persigue los intereses de los grandes centros económicos. Como buena “anticientificista”, piensa el desarrollo científico en su contexto: ciencia y política siempre van juntas.

Dos preguntas la obsesionan: ¿ciencia para qué? y ¿ciencia para quién?



—Podemos hablar de literatura, de ciencia o feminismo, yo sigo siendo lo mismo: en cualquier área, un animal político.



**Dueñas de una voluntad inquebrantable, atadas a rigurosas dietas, las mujeres fisicoculturistas desafían los patrones estéticos impuestos a las mujeres de todas las épocas. ¿Cómo es el cuerpo perfecto? ¿Cuánto de masa muscular? ¿Qué tamaño? Los autores se sumergieron en el mundo de estas señoras con músculos marcados como piezas de un rompecabezas.**

# La belleza del cuerpo femenino

---

**Enzo Maqueira** (cronista)

**María Inés Landa** (doctora en Teoría Literaria y Literatura Comparada)

**E**stela Valverde camina por la avenida Chiclana. Falta poco para que compita en un torneo nacional de culturismo femenino: grande, musculosa, fuerte y con el pelo rubio cortado carré, piensa en parar un taxi. Ve el Renault 12 que se acerca despacio, pero cuando va a levantar la mano, ve al conductor que saca la cabeza por la ventanilla y le grita: “¡He-Man!”, y sigue de largo.

A Estela Valverde, por fisicoculturista, le cuesta parar un taxi.

No siempre fue así. De joven era flaca: hacía danza, actuó en varios teatros. A los 30 años pesaba 42 kilos. Estudió profesorado de educación física. Se casó con Carlos: un vecino con sobrepeso que trabajaba en aeroparque indicándoles a los pilotos dónde estacionar

sus aviones. Tuvieron dos nenes. Estela se ocupaba de criar a los chicos. Un día, Carlos decidió dejar de ser el gordito del barrio y empezó a entrenar con el que hacía de Mr. Chile en Titanes en el Ring. Y ella, que se aburría, pensó que tenía que hacer algo.

—La mujer en la casa se animaliza —dice ahora, vestida con ropa de gladiador americano, sentada en un banco para levantar pesas.

Como Carlos no quería que ella trabajara, lo convenció de que pusieran un gimnasio en la casa. Su idea era dar clases de step y gimnasia localizada a las señoras del barrio; mientras tanto, Carlos podía entrenar. El gimnasio fue ocupando cada vez más metros de la propiedad que la familia tiene en el extremo sur de Boedo. Con el tiempo, el gordito del barrio se convirtió en bicampeón argentino de fisicoculturismo. Estela quedó fascinada con esa metamorfosis y se animó a usar los aparatos del gimnasio.

Hoy tiene 56 años, aunque cualquiera diría que es mucho menor. Está orgullosa de su cola, una cola que muchas chicas de veinte no tienen. Los brazos, el pecho, las piernas: todo duro y marcado.

Múltiple campeona de culturismo, le gustan el escenario, la fama y mirarse en el espejo. Su cuerpo,

disciplinado, con los músculos como en un rompecabezas, evidencia una superioridad en un arte en el que la mayoría falla. Seguir una rutina diaria de ejercicios y atarse a una alimentación rigurosa suele resultar una tarea faraónica. Dueña de una voluntad inquebrantable, Estela se multiplica en distintas figuras: más grande, más fibrosa, más fuerte; cambia de *look* como si la carne fuera ropa cosida a mano.

\*\*\*

El fisicoculturismo femenino despierta admiración, deseo, fascinación, rechazo, temor y asco. Las forzudas desafían los patrones estéticos impuestos a las mujeres de todas las épocas. Para los medios de comunicación, son *freaks* cuyos cuerpos escapan a los límites construidos culturalmente. Fenómenos que interpelan al ideal estético de la figura perfecta que permite acceder a la fama o algún tipo de reconocimiento.

Su robustez introduce otra forma de apreciar lo femenino, desordena las convenciones conocidas, torna inclasificable la anatomía de la mujer: ¿cómo es el

cuerpo femenino perfecto?, ¿cuánto de masa muscular?, ¿qué tamaño?

\*\*\*

Sabrina Castro no se llama así. Cambia de nombre todo el tiempo, según en qué página anuncie sus servicios. Mide un metro sesenta, pero cada uno de sus brazos tiene el ancho de la pierna de un hombre de talla *medium*. Nunca se hubiera imaginado la cantidad de tipos que tienen fantasías con una chica como ella. Muchos, demasiados.

—¿Te parezco linda? —pregunta en la cocina del departamento en el que trabaja.

El cuerpo de un luchador de *catch*, de un patovica de pelo corto en la puerta de un boliche.

—A mí no me parece lindo estar así. En un momento sí, pero ya no me gusto.

Se prostituye porque, dice, es el único trabajo que puede hacer con esos músculos. También, porque está despechada. Era secretaria, empezó a ir al gimnasio, se puso de novia con su entrenador. A él le gustaban las chicas culturistas y ella le quiso dar el gusto. Compitió en categoría bikini y en fitness. No le fue bien, pero su

novio estaba contento. Seguía entrenando cuando él la dejó por una amiga de ella, veinteañera, que había empezado el gimnasio un mes atrás.

—Ni siquiera tenía tan buen cuerpo —dice, y ofrece té.

En sus manos gigantes, la taza aparece mínima y fuera de lugar. Un pescado junto a una vaca. Un barco en la cima de una montaña.

\*\*\*

Debajo del techo de chapa del club Imperio Juniors de Villa del Parque hace unos cuarenta grados. Es un domingo de diciembre en Buenos Aires: en este lugar, mujeres y hombres exhiben sus figuras esculturales ante el jurado del torneo de fisicoculturismo Mister y Mister de Mistery Argentina 2012.

El lugar está lleno de hombres musculosos con pieles bronceadas en tono artificial. Algunos están con sus hijos, otros con sus novias. Las pocas mujeres que hay tienen el cuerpo trabajado.

Jésica De Prinzió, categoría bikini, que ahora posa sobre el escenario y tiene 27 años, compite de

casualidad. Vino a acompañar a su novio, un *personal trainer*, y le propusieron participar. Aceptó. Aunque va al gimnasio desde hace diez años, es su primera competencia. En un rato, detrás del escenario, en un amplio salón donde los participantes esperarán el veredicto del jurado, dirá que no le interesa subir de categoría porque eso significaría perder la feminidad. La preocupación por parecer femenina reproduce en el mundo del culturismo la visión hegemónica de la heteronormatividad. ¿Cómo debería mostrarse una mujer en la escena social?

No siempre fue así. En los ochenta, algunas mujeres desafiaron los límites del llamado sexo débil: llegaron a sobrepasar en fuerza y volumen muscular a muchos hombres del fisicoculturismo.

La producción masiva de compuestos químicos y las nuevas técnicas de entrenamiento permitieron que pudieran adquirir un nivel de hipertrofia muscular hasta ese momento impensable. Lenda Murray marcó un quiebre en volumen muscular y ganó el Miss Olympia seis años consecutivos.

Pero incluso entre consumidores de revistas culturistas (*Musclemag*, *Muscle & Fitness*, entre otras), hubo quienes rechazaron los cuerpos musculosos



de estas Amazonas (pos)modernas: las tacharon de anormales y aberrantes. Simultáneamente, nuevas normativas se implementaron en el marco de las competiciones del culturismo femenino para regular sus cuerpos. La más radical fue una de la International Federation of Bodybuilding (IFBB), que establecía que las culturistas de todas las categorías debían reducir un 20% de su masa muscular respecto de su estado al momento de la publicación de la normativa. El objetivo, aunque parezca paradójico, era recuperar la feminidad ¿perdida? de las culturistas.

También se introdujeron nuevos ítems que los jueces tendrían en cuenta a la hora de valorar la performance de estas atletas: maquillaje, peinado y vestimenta.

Además, surgieron nuevas modalidades deportivas en búsqueda de la sensualidad de los gestos y la suavidad de las curvaturas en estas mujeres travestidas por sus enormes músculos. Se crearon las categorías bikini, en la que compiten con cuerpos equilibrados, magros, menos exuberantes, y fitness, en la que se busca un cuerpo atlético que combine aptitud física, flexibilidad y coordinación, que se demuestra en una coreografía que se ejecuta con música. La atleta que no

tenga un cuerpo magro y con definición muscular no calificará entre las mejores.

La cultura deportiva del fisicoculturismo reproduce valores y normas sexistas. Ellos son valorados por patrones “medibles” como hipertrofia, volumen y simetría muscular; ellas, juzgadas por parámetros subjetivos, como pueden ser la feminidad y la belleza.

Pero, entonces: ¿cómo es el cuerpo femenino perfecto?

¿Cuánto de masa muscular?

¿Qué tamaño?

Pese a su rancia ideología y sus múltiples y controvertidas caras, el culturismo no deja de ser producto de una época en la que el cuerpo es puesto como figura central de nuestras vidas. Su espectacularización, en especial la del femenino, es un rasgo característico de nuestra contemporaneidad.

\*\*\*

Entre 1993 y 1997, Estela Valverde compitió en la categoría fitness. Nunca ganó. Un día su marido le dijo

que la iba a preparar para la categoría superior. Ahí llegó la segunda metamorfosis. A la mañana: huevos, leche, bananas, comía proteínas e hidratos de carbono cada dos horas; a las cuatro de la tarde, un bife de chorizo. Hacía sentadillas con 100 kilos y prensa con 600. Y una dieta progresiva de tres meses para perder peso y que la piel no quedara colgando y se pegara al músculo. El efecto visual buscado es una prenda portadora de músculos, venas y fibras. Así es como ganó todo.

Desde 1997 fue campeona de la categoría “culturista” seis años seguidos.

—Tenía el culo duro como una piedra y estaba ri-peada (se marcan las fibras de los glúteos).

Lo cuenta y los ojos le brillan.

Para quienes aman el culturismo, no hay nada más hermoso que un cuerpo trabajado. La belleza de la masa muscular definida e hipertrofiada, la ausencia de grasa y, sobre todo y aunque no se vea, el tiempo y el esfuerzo.

Determinada por rutinas y disciplinas, la vida de una culturista es un camino arduo y largo que solo cobra sentido ante la mirada de aquellos que saben apreciar sus gigantescas musculaturas

\*\*\*

Nerviosa, atrás del escenario del club Imperio Juniors, Teresa Lorca Cárdenas espera el resultado de la competición. Tres veces campeona de campeonas, se retiró durante el 2004, luego sus hijos crecieron, se separó: en su casa se aburría. Los jurados evalúan a los competidores según distintos parámetros, entre los cuales se encuentran la simetría, el tamaño muscular, la hipertrofia, el ripeado y las poses. Posar no es una tarea menor: según los movimientos, se muestran determinados músculos, se ocultan otros. Algunos priorizan la masa muscular, otros la simetría; los tríceps o el deltoides.

—Me tocó competir contra una de mis mejores amigas —dice y duda—. Bueno, en realidad, compito contra mí misma. Si pierdo, pierdo yo porque no hice lo suficiente.

Y, sin embargo, desde que empezó el entrenamiento, cuatro meses atrás, no habla con su amiga.

\*\*\*

El novio de Sabrina no quería que ella trabajara. Celoso, la hizo renunciar a su puesto como secretaria. Él le hacía la dieta y la entrenaba. La llevaba a los torneos y estaban juntos todo el tiempo. Cuando él la dejó, Sabrina estaba sin trabajo, pesaba 90 kilos y tenía unos músculos que ahuyentaban a cualquier empleador. No quería deshacerse de ellos porque era una manera de seguir cerca de él.

Cuando descubrió que su contextura era un fetiche para algunos hombres, se hizo prostituta. Una fantasía rara, aunque bastante frecuente. Pareciera que el juego erótico reside en lo repulsivo que le resulta a la mayoría de las personas el desear a una mujer con “cuerpo de hombre”.

Los músculos son una especie de travestismo, especialmente para las culturistas: mientras que se pueden considerar como prendas, su formación en la mujer implica una transgresión de las barreras propias de la diferencia sexual.

En los anuncios de las páginas pornográficas, las mujeres fisoculturistas no suelen mostrar las tetas ni la cola. El foco está colocado en la musculatura del abdomen y, principalmente, en la de los bíceps. La típica pose es la que la flexión del brazo

hace aparecer en la superficie de un brazo trabajado una protuberancia que identificamos como bíceps (el bíceps de Popeye, por ejemplo, después de comer espinaca) se repite en varios de los anuncios de estas trabajadoras sexuales.

Con dos o tres clientes por semana, Sabrina se paga el alquiler, el gimnasio, la comida y los suplementos vitamínicos. No le sobra plata, pero sabe que, tarde o temprano, su novio le va a volver a hablar. Mientras tanto, pasa las tardes en el mismo gimnasio al que va él.

Jésica, Estela, Teresa y Sabrina son artesanas de sus figuras corporales, aunque los tamaños y contornos de sus músculos, las formas de sus exhibiciones, son diferentes. El cuerpo bikini de Jésica, la fantasía de la atleta-sirena. El cuerpo culturismo de Teresa: un exceso de desarrollo, la figura del coloso.

En el universo del culturismo, “ser mujer” no se expresa de modo unívoco, sino a través de diversos matices.

Sin embargo, indagando en sus historias, se descubre la fuerza con que actúa la barra que separa hombre/mujer en este deporte, el malestar profundo que provoca el binomio culturismo/cuerpo femenino en la esfera social.

La mujer que rechaza el ideal de sirena para perseguir el de coloso con cola de sirena (el caso de Estela) deconstruye en parte las relaciones de sacrificio, sumisión, servicio y maternidad en las que históricamente ha sido colocada la mujer. Desafía, en un gesto de autoafirmación, su destino “biológico”, introduce un agujero de sentido que inscribe “lo femenino” en un horizonte de identidades mutantes y cuerpos fronterizos.

\*\*\*

Los jurados conversan entre sí y con la gente de la organización: un locutor les pide a los atletas que vayan adoptando distintas poses (“perfil derecho”, “expansión dorsal”, “doble bíceps”, “abdominales y piernas”...), otro les hace señas para que se adelanten o vayan para atrás en el escenario y una mujer anda por todos lados, atenta a cada detalle.

Organizada por la Asociación Fisicoculturista Argentina (AFCA), es la penúltima competencia del año. Entre horas de gimnasio, suplementos vitamínicos, visitas médicas y cantidades astronómicas de comida,

entrenarse para una competencia de este nivel insume aproximadamente mil pesos mensuales. Ni hablar del tiempo y la dedicación invertidos.

No hay plata para la ganadora que, sin embargo, además de trofeos, se llevará a su casa una provisión de suplementos vitamínicos.

A los 56 años, Estela se prepara para competir en fitness. Ahora la metamorfosis tiene forma de revancha: quiere ganar en la categoría que siempre le fue esquivada. El objetivo es el Torneo Sudamericano de julio de 2013. Ya pasó la etapa de ganar peso y ahora se encarga de cincelar los músculos; en julio su cuerpo va a estar en el punto máximo de desarrollo y después del torneo se va a desinflar de a poco.

¿Qué introducen en la escena social estas mujeres con sus figuras corporales? Quienes no están dentro del mundo culturista van al gimnasio, compran una revista en el kiosco, en la que se exhiben cuerpos firmes y atléticos, se miran con recelo los rollitos del abdominal en el espejo, deciden hacer una dieta y compran productos light en el supermercado: en esas ocasiones actualizan prácticas de disciplinamiento corporal que solo se diferencian de las de los culturistas por cuestiones de grado y frecuencia.



Las de ellos son más intensas.  
Aunque discretas, las nuestras también existen.



Hija de una feminista intensamente racista, la doctora en Antropología Rita Segato cree que la raza “es el punto ciego del discurso latinoamericano sobre la otredad”. Investigadora del feminicidio en Ciudad Juárez, se exilió en Venezuela, vivió en Nicaragua, Brasil, Irlanda del Norte, la Patagonia y Tilcara, donde se enamoró. La religión y el territorio, los límites de las fronteras nacionales y los discursos sobre la alteridad son parte del mundo de Segato, coautora del primer proyecto de ley de cupos para estudiantes negros e indígenas en las universidades brasileñas.

# Vengo a hablar de la raza

---

**Verónica Gago** (cronista)

**R**ita Segato tocaba Beethoven y Mozart en el living de una familia indiscretamente antiperonista y orgullosa de su formación eurocéntrica. Entre sus compañeros de primaria abundaban hijos de militares y de figuras de la aristocracia conservadora. “Mi espíritu desobediente no soportaba esa atmósfera”, confiesa hoy la consagrada antropóloga, profesora en la Universidad de Brasilia e investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas de ese país (CNPq), reconocida por sus estudios sobre violencia patriarcal, feminicidio y prácticas racistas. De niña atesoraba una intuición: la insurgencia. Creció con una educación de élite en el colegio Lenguas Vivas y el Conservatorio Nacional de Música. Por fin consiguió que la cambiaran al Colegio Nacional Buenos Aires. Cuando tenía 14 años, un viaje iniciático al norte con algunos compañeros de escuela le abrió la cabeza

a otros mundos. “Me sentí como una Kusch infantil”, dice homenajeando al filósofo indigenista. En los colores de aquellos cerros, dice, vio el paisaje de la historia. Se alejó para siempre del living familiar y se acercó a la “América profunda”. Porque fue en esa tierra, más precisamente en Tilcara, donde descubrió su auténtica pasión por la música, distanciada del clasicismo y del clasismo de su formación. Segato se enamoró perdidamente de un músico folklorista jujeño, de padre y madre bolivianos, y entonces también la música se convirtió en un espacio de amorosa insurgencia: “Me enamoré de eso que Buenos Aires no me dejaba ver”. La tensión familiar fue en ascenso y el racismo se convirtió en un drama personal.

\*\*\*

Segato dice que la raza es “el punto ciego del discurso latinoamericano sobre la otredad”. La raza como escena histórica de los cuerpos y como clave de su lectura geopolítica es políticamente decisiva (así lo señala, por ejemplo, en su artículo “Los cauces profundos de la raza latinoamericana”). Segato vuelve a poner en escena una palabra que desde la corrección política se evita. Con esta preocupación escribió sobre el “color”

de la cárcel en Brasil y fue coautora de la primera propuesta de reserva de cupos (cuotas) para estudiantes negros e indígenas en la educación superior pública brasileña, implantada en 2004. No le interesa la pura categoría ni la política de inclusión como tal, sino en la medida en que la raza nutre “brechas disfuncionales”, decoloniales, de resistencia a los rituales de unificación patriótica.

Además de la raza como cuestión personal, a Segato la trama de las filiaciones, las pertenencias y las identidades le resulta perturbadoramente familiar. Su madre, a quien define como una feminista precursora y una mujer intensamente racista, repetía que su único amor fue la hermana superiora del colegio de monjas en el que había sido pupila. La nodriza de su madre, una negra de origen chileno, se llamaba Marcosidé Valdivia y vivió durante mucho tiempo en la casa familiar de Uruburu, un pueblo de la provincia de La Pampa. A ella Segato le dedicó su texto “El Edipo brasileño: la doble negación de género y raza”. Una reflexión escrita en Brasil, justamente como extranjera que capta el racismo académico. Pero aún más relevante: se trata de un análisis brillante que muestra la negada relación entre las madres de leche negras y los hijos y las hijas de la

clase alta blanca como fundamento de un profundo racismo social. Allí explica: “La objetivación del cuerpo materno –esclavo o libre, negro o blanco– queda aquí delineada: esclavitud y maternidad se revelan próximas, se confunden, en este gesto propio del mercado de la leche, donde el seno libre se ofrece como objeto de alquiler. Maternidad mercenaria equivale aquí a sexualidad en el mercado de la prostitución, con un impacto definitivo en la psique del bebé con respecto a la percepción del cuerpo femenino y no blanco. La demanda de los ricos de amas de leche blancas acaba revelando también otra superposición: la herencia de leche con la herencia de sangre”.

Elsa Teodolinda Josefa Frigerio, la madre de Rita Segato, huérfana y pupila desde los 7 años, se casó con José María Segato, proveniente de una familia de diplomáticos italianos. Pero también tuvo un amante, quien fue el padre de Rita: un hombre judío rumano llamado Pablo Doctorovich (Fáivele). En una de las páginas web de genealogías, entre los hijos de apellido Doctorovich (nacidos entre las décadas del diez y del veinte), luego aparece Rita, con el apellido Segato, nacida cuando Doctorovich ya tenía 65 años. Nunca fue un secreto para nadie, menos para Rita, que desde

pequeña sabía quién era su padre biológico y lo llamó papá hasta que tuvo diez años y él falleció. “Creo que en aquella época había gente más libertaria que ahora. Eran otras maneras de vivir la diferencia. Sin tanto discurso sobre lo legal y más como modos de vida”, dice. Ese ámbito familiar, a la vez antiperonista y libertario, parece haberla entrenado en su percepción sutil pero combativa sobre la diferencia. “Me percibo como un termómetro o un papel tornasol: voy sintiendo lo que pasa de una manera que me atraviesa, pero siempre es algo que debemos pensar porque nos excede”. Con esta genealogía herética y con su intuitiva insurgencia como brújula, Rita ha encarado la crítica despiadada a la noción de “otro” (ver su libro *La nación y sus otros*, Prometeo, 2007) y el funcionamiento de las representaciones de lo mestizo en las diferentes formaciones nacionales: el mestizaje como genocidio, como blanqueamiento que promueve la inclusión diseñada por las élites nacionales, el mestizaje como categoría genérica de lo no blanco.

“No se puede pensar la Argentina sin las políticas autoritarias como políticas civilizatorias: no hay más que ver los rituales civiles en las escuelas en frontera con Chile, por ejemplo, para entender cómo el Estado

ha funcionado históricamente como un aplanador cultural. A la vez que en el espacio público toda marca de diferencia es masacrada, también hay una cultura de acogida en el plano de las comunidades de amigos. Esto es bastante especial en este país donde la amistad está construida y respetada como una institución. Es la amistad la que preserva existencias anómalas, aunque siempre en el margen”.

\*\*\*

Todavía recuerda con nitidez los comentarios del tío Ernesto, hermano de su madre, cuando los visitaba y contaba su faena como interventor en el Ingenio Santa Ana de Tucumán. Había sido nombrado tras el golpe de Estado de 1955. Más tarde, nadie entendería por qué la niña Rita, que nunca había pisado una zafra, pintó un cuadro que tituló, dejando boquiabiertos a todos, *Los hacheros*. En sus viajes de adolescente al norte conoció a esos hombres. “En esa época vivía una suerte de doble vida: durante el período escolar era una joven porteña que frecuentaba la cinemateca y en vacaciones de invierno y de enero a marzo me sumergía en una relación de amor en el norte, que implicaba una vida totalmente distinta”.



Empezó a estudiar antropología en la Universidad de Buenos Aires a la vez que incursionaba en la Escuela Nacional de Danzas y Folklore. Tuvo una profesora que la marcó: Olga Fernández Latour de Botas, autora de *Cantares históricos argentinos*, le enseñó que la Revolución de Mayo no había sido una revolución popular. “Desde entonces aprendí a no creer en la república”, dice Segato, referente de la llamada línea decolonial latinoamericana. A principios de los años setenta, en sus ratos libres trabajaba ordenando la biblioteca de Julián Cáceres Freyre, director del Instituto Nacional de Antropología. “Era un momento clave, en el que el pensamiento sobre lo folklórico, que cierta derecha ilustrada tenía muy en cuenta, estaba haciendo su giro hacia lo nacional de una manera, por supuesto, problemática”. Segato entendía perfectamente ese pasaje y conocía los dos mundos: entre los apellidos dobles y los nuevos aires de época. Segato tenía 23 años y debió exiliarse. Era comienzos de 1975. El diputado Rodolfo Ortega Peña, a quien frecuentaba como profesor, fue asesinado por la Triple A. Segato vio una señal de la tragedia que se avecinaba. “Nunca quise irme de acá. De la Argentina me cortaron verde y lo sufrí porque soy una persona muy arraigada”.

Cuando Segato se exilió, primero partió a Venezuela, de la mano Isabel Aretz, una autoridad de la etnomusicografía. Trabajaba en el Instituto Interamericano de Música cuando la enviaron como investigadora a Nicaragua. Ernesto Cardenal era el flamante ministro de Cultura de la Revolución sandinista y esa cartera funcionaba en la ex quinta del dictador Anastasio Somoza. Por eso, al Ministerio de Cultura aún se le decía “la quinta del señor”. Una de las cosas que más llamaban la atención del predio era un inmenso árbol flamboyán, al que en Nicaragua también se le dice “Malinche”, conocido por sus flores coloridas y por sus raíces prolíficas. Era un árbol de cinco metros muy querido por Somoza, quien le dedicaba muchísimos cuidados todos los días. “Un día de septiembre entré al Ministerio de Cultura y vi ese árbol totalmente tumbado. Era algo increíble: ¿cómo un árbol semejante, todo florecido, podía desplomarse de esa manera de un día para el otro?”, se preguntó Segato. A las pocas horas, toda Nicaragua se enteraba del asesinato de Somoza, sucedido el día anterior en Paraguay, tras el éxito de la famosa Operación Reptil liderada por Enrique Gorriarán Merlo. “La conexión entre los dos hechos era evidente, pero fue vista como un espectáculo esotérico y nadie

quería hablar de eso. Para mí, decir que esa escena que hablaba del orden de conexión a distancia de las cosas era una casualidad constituía una afrenta a la razón”, dice Segato para dar pie a una reflexión sobre la distancia siempre complicada entre el marxismo y otras formas de pensamiento no eurocéntricas. La insurgencia se hacía intuición de nuevo, solo que esta vez contra la izquierda: “No podía creer que la izquierda revolucionaria latinoamericana fuese presa de un eurocentrismo tan colonial”. Por entonces Segato trabajaba sobre la tradición africana de la religión shangó en Recife, Brasil. Pasó algunos meses en una comunidad en la que los rituales de posesión eran frecuentes; los olores de la carne putrefacta, insoportables y la estética de los altares religiosos, una fuerza contestataria evidente. Segato ya tenía en su haber una investigación de los ritmos musicales del nordeste de Brasil. Había viajado durante meses con su colega y esposo, José Jorge de Carvalho, haciendo grabaciones. Sobre eso escribiría su tesis de maestría en 1977. Ahora aquellas grabaciones acaban de ser editadas en una hermosa colección de CD y en su presentación aparecen unas fotos en blanco y negro que recuerdan la aventura de aquellos días rastreando ritmos populares, sus raíces míticas y

sus rutas antiguas. Esa línea interpretativa abrió varios núcleos de sensibilidad e interés para los múltiples textos de Rita: la cuestión de la religión y el territorio, los límites de las fronteras nacionales, los discursos sobre la alteridad y la cuestión de la raza. Hay también una conclusión que se dibuja: “La salvación es irse más allá de la frontera”. Entonces, ella volvió a irse. Esta vez a Irlanda del Norte. En Belfast existía un amplio programa sobre etnomusicología y allí se doctoró en la Queen’s University. Era el principio de la década de los ochenta. En aquel país también fue madre de su primer hijo, siete años más tarde nacería su hija.

De repente, en el recuerdo de Segato hay un salto en el tiempo: se cuele en la memoria un viaje a la Patagonia argentina en 1979. Fueron cinco meses junto a Sara Newbery y Ana Melfi grabando música para el archivo que se reunía en Venezuela. La guerra por el estrecho de Beagle estaba en el aire. “En ese viaje lloré todas las noches. No podía creer estar en la Argentina y a la vez no poder ver a ninguno de los viejos amigos”. Era un año sin lluvias y entonces en una comunidad mapuche lograron grabar un guillatún, la ceremonia para pedir ofrendas. A los dos días llovió. En otra comunidad, el guillatún se hizo para pedir por la vida de

un cura salesiano desaparecido y a él también lo vieron regresar. De esas ceremonias, Rita no se olvidará jamás: “El espíritu se agranda para acoger y hacer morar el espíritu del otro en mí, como posibilidad de una misma que ya es otra”.

\*\*\*

La cuestión del género y la violencia tampoco le es ajena a esta antropóloga. En esta línea se destaca, por ejemplo, su investigación sobre el feminicidio en Ciudad Juárez: *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez* (próximamente será editado en la Argentina por Tinta Limón). También, su libro ya clásico *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos* (Prometeo, 2003). Sus hipótesis son poderosas y hablan del cuerpo femenino como territorio de disputa y apropiación de violencias patriarcales que se renuevan con la globalización. Ella es también una de las referentes del debate sobre la cuestión (y conceptualización) de feminicidio. Algo de este tema mencionó en el auditorio de Lectura Mundi, en el marco de las conferencias preparatorias del I Congreso de Estudios Poscoloniales y II Jornadas

de Feminismo Poscolonial, organizado por el IDAES-UNSAM para el próximo mes de diciembre. “La lógica de las mujeres, que muchas veces consiste en vivir ‘en retraso’ respecto de las formas de productividad dominantes, emerge sobre todo cuando se pierde la fe en las formas de felicidad estatal. Y estas economías se oponen al discurso eurocéntrico de la economía como crecimiento permanente”, argumentó. Luego se refirió al papel de los medios en la “propagación” de la violencia contra las mujeres a partir de su fuerte dimensión mimética. De allí al boom televisivo de Tinelli para preguntar: “¿Qué aspectos del sistema dependen de esa pedagogía de la insensibilidad y el abuso?”. Mientras habla, Segato piensa. Y también dibuja mientras se le agolpan las ideas y dice que no hay mejor manera de pensar que conversando. Una forma de no disciplinar demasiado los conceptos ni de aceptar el formateo técnico del texto, conocido como *paper*.

La conversación ahora es en San Telmo, en un departamento que compró hace algunos años. Era el barrio en el que se rateaba, por eso lo adora. En el 2009, recién separada, vino a festejar la Navidad con sus hijos. Empezó a cruzarse en la escalera con alguna gente que había conocido de adolescente en el norte. “Los

cruzaba y no los miraba de la vergüenza que me daba”, dice Segato. Hasta que esa Navidad, uno de sus vecinos le habló y la invitó a entrar a su casa. Allí estaba también Tukuta Gordillo, el músico que había sido su primer amor en Tilcara. Siguiendo con la herencia de su abuelo minero y músico de banda de sikuris, Tukuta se había convertido en un músico reconocido, había sido parte del famoso Cuarteto Los Andes, había tocado durante años con Jaime Torres y Ariel Ramírez y ahora estaba allí a unos pocos metros. El encuentro volvió a conmocionarla como la primera vez. Desde entonces no se separaron. Y ahora Segato, viajera incansable, dice que su lugar en el mundo es un triángulo formado por Tilcara, Brasilia y Buenos Aires. Y que ahí está la felicidad.







# Autores

---

## **María Florencia Alcaraz** (periodista)

Nació un sábado de junio. Estudió cine, ciencias políticas, educación. Se recibió de licenciada en Comunicación en La Matanza. La apodan Conurbana.

Desde 2013 trabaja en Infojus Noticias, Agencia Nacional de Noticias Jurídicas. Escribe sobre violencia institucional, violencia de género y policiales desde una perspectiva de derechos humanos.

Hace radio todos los días en Nacional Rock abordando temáticas judiciales. Este año en la legislatura porteña le dieron el premio Lola Mora en medios digitales. Una vez quisieron robarle el celular: convenció al ladrón de que no lo hiciera.

## **Gabriela Cabezón Cámara** (escritora)

Gabriela Cabezón Cámara combina una cultura apabullante con actitud rocker. Además de estudiar letras en la Universidad de Buenos Aires, publicó una novela, *La virgen cabeza*, que fue finalista del Memorial Silverio Cañada de la Semana Negra de Gijón; y otra, *Le viste la cara a Dios*, distinguida por la *Revista Ñ* como uno de los libros del año. Luego vinieron *Romance de la negra rubia* y *Beya*.

Cuando era adolescente leyó la saga Ripley de Patricia Highsmith y se enamoró del policial. Casi al mismo tiempo le entró a *Operación Masacre*, de Walsh. Con esas y otras influencias, Cabezón Cámara irrumpió en el periodismo cultural con un estilo propio y entrevistas audaces que refrescaron el panorama local.

## **Santiago Canevaro** (doctor en Ciencias Sociales)

Canevaro es doctor en Ciencias Sociales, Investigador del CONICET en la Universidad de San Martín y docente de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

Sus áreas de interés incluyen las temáticas vinculadas con clases sociales, sectores medios, culturas populares, migraciones, desigualdad, afectos y servicio doméstico. Es miembro del Centro de Estudios en Antropología de la UNSAM y del Programa de Estudios sobre Clases Medias en el Instituto de Desarrollo Económico y Social. Actualmente participa de una investigación comparativa sobre clases medias y pobreza en contextos urbanos junto con la Universidad de Washington y la Universidad de Buenos Aires. Coordina el Núcleo de Estudios Sociales sobre la intimidad, los afectos y las emociones en FLACSO.

## **Eduardo Carrera** (fotógrafo)

Una mañana de 1990, Eduardo Carrera recibió un llamado que le cambió la vida. Un periodista español que había conocido en una cobertura en Punta del Este le ofrecía un trabajo en una nueva revista de Madrid. Por supuesto, aceptó. Se quedó cuatro años.

En 2006, con una foto increíble que sacó en un club de San Martín, recibió el Gran Premio del Salón Nacional de Fotografía. Participó en muestras y colaboró en medios de toda Lati-

noamérica con textos y con fotos. En 2009, la firma Christie's subastó una foto suya y dos años después publicó el libro *Salud*, con el que ganó el premio Felifa DOT. Montado en su Honda Falcon 400, atraviesa rípios y se interna en lodazales imposibles.

## **Gonzalo Figueroa** (cronista)

Estudió dos años de psicología. Después dejó. Estudió periodismo: pasó por muchos talleres literarios y por varios cursos de redacción de crónicas.

Le gustan los cuentos cortos y las crónicas largas. No sabe cómo hacer para eliminar un blog de Internet. Así que tiene varios, agonizantes, pero que siguen online. En algunos hay escenas y cuentos. En otro, las enseñanzas de un maestro espiritual de moral dudosa. En el tercero narró historias ficticias que hacía pasar por verídicas. En el último solo sube las notas que va haciendo.

Es curioso y tímido. Al irse a dormir, trata de mantener la mente en blanco.

## **Verónica Gago** (cronista)

Estudió Ciencia Política y se doctoró en Ciencias Sociales en la Universidad de Buenos Aires, donde hoy es docente de Economía Internacional y de Culturas Latinoamericanas. Es docente en IDAES-UNSAM.

Pasó por varias redacciones: *Página/12*, *El Porteño*, *3 Puntos*, *TXT*, *Debate*, *Brecha*, y es parte de la editorial independiente Tinta Limón.

Publicó los libros *Controversia. Una lengua del exilio* (Biblioteca Nacional, 2012) y *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular* (Tinta Limón, 2014).

Verónica vive en un lugar hermoso y desconocido de la ciudad: el barrio Los Andes, en Chacarita.

## **Margarita García Robayo** (cronista)

Publicó novelas, cuentos, ensayos literarios y crónicas y dirige la Fundación Tomás Eloy Martínez. No es pretenciosa: lo de escribir le parece un mal de muchos.

Nacida en Colombia y radicada en la Argentina, sus textos circularon por múltiples medios y editoriales de distinta escala. Desde su primera *nouvelle*, *Hasta que pase un huracán* (Editorial Tamarisco), hasta su nueva novela, *Lo que no aprendí* (Planeta), su inteligente impronta de rebelde ante el género de iniciación, que ella reescribe y corrompe con audacia, llamó la esquivada atención de críticos de distinta procedencia. Ganó el premio Casa de las Américas por el libro de cuentos *Cosas peores*.

**María Inés Landa**  
(doctora en Teoría Literaria y  
Literatura Comparada)

Además de ser instructora de gimnasia aeróbica, profesora de educación física y representante de la Argentina en los mundiales de Orlando (Estados Unidos) y Tokio (Japón), entre una larga fila de otros logros deportivos, es académica. Tiene un doctorado y una maestría en literatura comparada y estudios culturales –el jurado calificó su tesis como sobresaliente– y está cursando una maestría en Sociología en el Centro de Estudios Avanzados (UNC): lo que se dice, una verdadera anfibia.

A lo largo de su carrera, María Inés se hizo preguntas sobre los cuerpos que había visto entrenar, sacrificarse, autosuperarse para llegar a una meta, y sobre su propia experiencia en diversas prácticas del *fitness* al *trekking* y así integró sus reflexiones en distintas investigaciones que le valieron diferentes y prestigiosas becas, como la posdoctoral de CONICET, la AlBan y la CLACSO.

### **Luciana Mantero** (periodista)

Luciana Mantero trabajó como encargada de prensa de una ONG. Un día decidió terminar con aquel martirio: renunció y se puso a escribir su primer libro, *Margarita Barrientos, una crónica sobre la pobreza, el poder y la solidaridad* (Capital Intelectual). En 2012 obtuvo una mención especial del Premio Estímulo TEA al periodismo joven por esta publicación y en 2005, una mención especial del Premio Gota en el Mar al Periodismo Solidario, que entrega la Fundación Germán Sopeña, por su trabajo en la revista *Tercer Sector*. Trabajó en diarios (*Ámbito Financiero*, *Publimetro*), televisión (América Noticias, P&E), radios (América, Riva-

davia, FM Palermo) y ONG. En 2002 colaboró con la investigación y redacción del libro *Cartoneros* de Eduardo Anguita. Publicó notas en *Revista Viva*, *Las 12 de Página/12*, *Enfoques* de *La Nación* y la revista *Tercer Sector*, entre otros medios.

Es licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de Buenos Aires.

## **Enzo Maqueira** (cronista)

Gracias al periodismo, Enzo Maqueira resignó la fe. Tuvo una lagartija, Rayo Negro, que no comía carne cruda ni bichos muertos. Había que atar una mosca a un hilo y pasársela por la cara como si estuviera viva. Rayito solo vivió seis meses.

Licenciado en Comunicación Social, director de la editorial independiente *Outsider* y profesor de la UADE, a pesar de que los tuvo como mascotas, Maqueira nunca pudo entablar un vínculo emocional con los peces.

Publicó tres novelas, dos biografías y un libro de crónicas y relatos; y trabaja corrigiendo textos para Ediciones Lea. El último libro suyo que llegó a las librerías se llama *Electrónica* (Interzona).



## **Silvina Prieto** (cronista)

La “covacha” se llama el lugar donde algunos días por semana Silvina Prieto se encierra a escribir. Es un cuarto oscuro en el que se amontonan bártulos del Centro de Detención Federal de Mujeres, Unidad 31, de Ezeiza. Prieto consiguió que le pusieran una computadora en un rincón.

Hace 11 años que vive en la Unidad 31. Hoy trabaja haciendo jardinería en el complejo penitenciario. Por ahora, disfruta de las salidas transitorias: visita a su mamá en Flores, toma clases de periodismo y de literatura y pensamiento en el Centro Cultural de la Cooperación. Fue Daniela Yaccar, su profesora de periodismo, quien le habló del premio La Voluntad. “Nunca había escrito algo tan largo”, dijo Prieto.



# La biblioteca Libros y Casas

---

- **90 minutos.** Cuentos de fútbol
- **Todo queda en familia.** Textos de humor
- **Cosas imposibles.** Cuentos fantásticos y de terror
- **Bajo sospecha.** Relatos policiales
- **Palabra de mujer.** Crónicas sobre mujeres argentinas
- **Amores argentinos.** Historietas sobre cuentos y novelas de amor
- **Mucha, mucha poesía.** Tres siglos de poesías y canciones
- **Hubo una vez en este lugar.** Mitos y leyendas de este lado del mundo
- **Animales rimados y no tanto.** Poesía para chicos
- **Brujas, princesas y pícaros.** Cuentos tradicionales para chicos
- **Esto es mío.** Libro para bebés
- **Constitución de la Nación Argentina**
- **Nunca más**
- **Manual de las mujeres.** Guía de derechos, salud reproductiva, familia y trabajo para adolescentes y mujeres adultas
- **Manual del hogar.** Guía para el mantenimiento de la casa y la prevención de accidentes domésticos

Se terminó de imprimir en el mes de .... de .....

en Talleres Gráficos ....., calle .....,

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.